

PUNTO  
ROJO



# NO ME APUÑALES, PRECIOSA

clark carrados





CLARK CARRADOS

NO ME APUNALES,  
PRECIOSA

colección PUNTO ROJO n.º 106  
Publicación semanal  
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGGERA, S. A.  
BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 7.421-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN - MAYO 1964

(C) CLAK CARRADOS - 1964  
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

(C) ENRIQUE MODAIX  
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguero, S. A. Mora la  
Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1143/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

852 — Cabalgando sobre el fuego.

En Colección SERVICIO SECRETO:

717 — Una piedra al cuello.

En Colección BÚFALO:

515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:

376 — Asesino y traidor.

En Colección COLORADO:

311 — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:

246 — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:

155 — Valle feliz.

En Colección PUNTO ROJO:

104 — Están bajo una losa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

390 — De través sobre el caballo.

En Colección SELECCIÓN SERVICIO SECRETO:

77 — ¡Yo lucho hasta el fin!

En Colección ARCHIVO SECRETO:

6 — Los que van a morir.

En Colección ASES DEL OESTE:

256 — El hombre del dólar de plata.

# CAPÍTULO PRIMERO

LA fama de brutalmente franco de que gozaba Chester K.

Farrar era tan espesa como el vello de sus cejas.

Debajo de las mismas, brillaban dos pupilas que parecían talladas en obsidiana. Esas pupilas despedían chispas cuando me miraron y su dueño, dijo:

—Mi hija Lillian está drogada. Quiero que usted la cure, míster Jones.

Sentado en un cómodo butacón de cuero blanco, miré a Farrar de hito a hito, con el cigarrillo humeante en mi boca. Durante algunos segundos, traté de digerir la frase que acababa de escuchar y que constituía la explicación de los motivos por los cuales me había llamado el poderoso financiero.

Era un sujeto enorme, de anchísimos hombros y manos capaces de quebrar con toda facilidad dos herraduras a la vez, puestas la una sobre la otra. Ya he dicho cómo eran sus cejas y sus ojos; falta añadir que su cabello, gris en su mayor parte, era tan frondoso como las cejas, aunque lo llevaba cortado estilo marinero U. S. Navy; que sus rasgos parecían tallados a hachazos en madera de olivo y que su boca estaba perpetuamente curvada en una mueca que daba la sensación de estar con ganas de dar mordiscos a todo y a todos y en todo momento.

Tan espectacular como su aspecto, era la decoración que lo rodeaba: mesa de «acerita» negra, espejeante y sillones de cuero blanco, que, imagino, las mujeres de la limpieza debían tener en continuo estado de pulcritud. Detrás de él se elevaba, un inmenso ventanal, de seis metros de largo por tres y medio de alto,

derramando raudales de luz sobre el despacho. El resto de la decoración estaba a tono y, aunque no se veía, en cada centímetro cuadrado, estaba grabado el signo \$.

—Perdón —dije, cortésmente, después de cinco segundos de calculado silencio—. Creo haber oído que su hija Lillian está drogada, míster Farrar.

—Así es —confirmó el millonario con su característica voz de trueno—. Tengo entendido que le es imposible realizar una conversación en voz baja.

—Y desea que yo la cure.

—Cierto.

—Pero, míster Farrar —objeté con toda la amabilidad que me fue posible—, yo no soy médico... Cuando me llamó a mi despacho, usted lo sabía.

Por toda respuesta, Farrar sacó un ejemplar del «Daily», del día anterior, y me enseñó un recuadro del mismo, en su página de anuncios.

BILL JONES

TODA CLASE DE SERVICIOS

(No hay problemas insolubles para nosotros)

—Usted hizo insertar ese anuncio —gruñó Farrar.

—Sí, por supuesto. Naturalmente, me refería a...

—Toda clase de servicios —repitió el millonario, lanzando el periódico a la papelera—. Curar a mi hija del vicio de las drogas, ¿no es un servicio?

Farrar estaba habituado a que todo el mundo temblase delante de él. Y yo estaba habituado a todo lo contrario: es decir, a no temblar delante de nadie.

—¿Por qué quiere que cure yo a su hija y no la encomienda a una institución, médica adecuada?

—Escuche, parte de las razones son mías, pero le diré que no deseo que se hagan públicas —contestó el financiero—. No obstante, puedo manifestarle una cosa: quiero arrancarla de las garras de un sujeto llamado Lee Leaven, alias «El Zorro», el cual la ha inculcado el vicio de las drogas solo por perjudicarme y extraerme dinero, además de otras cosas que no deseo mencionar.

¿Está claro, Jones?

—Míster Jones, por favor —rectifiqué—. Y está clarísimo.

Las pupilas de sílex de Farrar chispearon, pero no se quejó ante la corrección.

—De acuerdo, míster Jones. Usted curará a mi hija.

—Carezco de experiencia para casos semejantes —alegué.

—Óigame, míster Jones, en el presente, la experiencia, no sirve para nada. Usted se llevará a Lillian a un lugar apartado, donde estén los dos solamente, y la mantendrá lejos de las drogas de una manera drástica y absoluta. Es la única manera de curar de ese vicio a una persona que ya lo ha adquirido. Y le autorizo para usar con Lillian todos los medios de coerción que juzgue necesarios, incluso atándola a su cama de pies y manos. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—Eso es todo. Buscar un lugar apartado, donde nadie pueda verles, y menos que nadie «El Zorro», es cosa suya. Entonces, cuando lo tenga todo dispuesto, agarre a Lillian y llévesela. Permanezcan allí un mes, dos, el tiempo que necesite; pero devuélvamela curada.

—Haré todo lo que pueda, míster Farrar —aseguré.

—Todo lo que pueda significar curar a mi hija —dijo él severamente—. Y no estoy acostumbrado a los fracasos de quienes trabajan para mí.

—No fracasaré, míster Farrar.

—Eso está bien —celebró el millonario. Abrió uno de los cajones de Su mesa y extrajo del mismo una especie de ladrillo de caras verdosas, que lanzó a mi regazo—. Para sus gastos. Cuando vuelva con Lillian curada, le entregaré otro tanto.

Examiné el fajo de billetes rápidamente. Eran todos nuevecitos, todavía con la faja del Banco que los había pagado, y había cien de a cien, es decir, diez mil dólares. En verdad, no se podía asegurar que Chester K. Farrar fuera un tipo avaro.

—Le firmaré un recibo... —empecé a decir.

—No se lo he pedido, míster Jones —cortó bruscamente. Y me despidió con mayor brusquedad todavía—. Eso es todo. Buenos días.

Me puse en pie, dando por cancelada la entrevista, y me dirigí hacia la puerta. Cuando la iba a abrir, Farrar me llamó de repente.

—¡Míster Jones!

Me volví hacia él, esperando en silencio.

—¿No nos hemos visto usted y yo antes de ahora, en alguna ocasión? Su cara me parece conocida, míster Jones.

Le miré fijamente, durante algunos segundos, dejando que me examinara a su sabor. Estuvo contemplando mi metro ochenta y cinco de estatura y los ochenta y dos kilos correspondientes, la anchura de mis hombros, que no llegaba ciertamente a la suya, mi pelo rubio oscuro y corto, como el suyo, y mis pupilas azules. Al fin, dije:

—No, míster Farrar, no nos hemos visto antes de ahora.

—Entonces, es que estoy confundido —contestó con su habitual brusquedad. Y, abstrayéndose en su trabajo, me olvidó por completo como si yo no hubiera existido.

Al salir al antedespacho, la secretaria de Farrar, una rubia de curvas espectaculares y sonrisa provocativa, me miró insinuante, mientras abombaba el pecho, para hacer notar aún más la rotunda firmeza de los bienes anatómicos con que la madre Naturaleza se había dignado dotarla. La favorecí con un guiño amistoso, después de lo cual, salí a la calle.

Busqué un teléfono y desde allí; llamé a un amigo.

—Mike —dije, cuando lo tuve al otro lado de la línea—, ¿puedes hacerme un favor?

—Todo lo que tú quieras, Bill —contestó mi amigo—. ¿De qué se trata?

—¿Está libre tu cabaña de Temple Lake en estos momentos?

—Por supuesto, Bill. ¿Es que la necesitas?

—Sí; Oye... quizá la tenga ocupada un mes o dos. ¿Te causaré mucha molestia?

—Desde luego que no. A Susan no le gusta subir a las montañas en esta época del año. Con tal de que la dejes libre para primeros de junio, tenemos más que suficiente.

—Encantado, Mike. Gracias.

—Puedes pedirle la llave a la empleada postal de la aldea. Aunque yo tengo una en casa, solemos dejarle a ella otra por si acaso. ¿Cuándo piensas ir?

—Dentro de un día, dos como máximo. O quizá hoy mismo.

—Muy bien. Entonces, le pondré un telegrama, diciéndole que te

deje la llave. Así no tendrás inconveniente.

—Gracias, Mike. Eres un buen amigo.

Colgué, sin añadir más. No hacía falta; los hombres deben ser así, favoreciendo al amigo sin hacerle preguntas capciosas o indiscretas.

A continuación, me dispuse a preparar el plan de viaje. Lo primero que debía hacer era adquirir provisiones para dos personas para dos semanas al menos.

Cuando terminé, el asiento posterior de mi automóvil contenía casi media tonelada de víveres de todas clases. Lo llevé al garaje que hay bajo el edificio en donde tengo un apartamento alquilado y después de cerrar las portezuelas con llave, me dirigí al ascensor.

Momentos después, entraba en mi apartamento. Entonces vi que me esperaban tres sujetos de nada agradable catadura.

## CAPÍTULO II

UNO de ellos parecía una montaña de carne. A su lado, el mismo Farrar hubiera parecido un pigmeo. En cambio, su inteligencia parecía ser poco menos que nula, al menos, si se juzga por la expresión de estupidez de su rostro. Pero en cambio, parecía ser capaz de hundir el cráneo de una persona de un solo puñetazo.

Los otros dos eran de apariencia más normal. Uno tenía, aproximadamente mi complexión, pero sus labios ofrecían la expresión de una serpiente disponiéndose a engullir un hipnotizado pajarillo.

El tercer miembro del equipo era, en fin, un sujeto menudo aunque no esmirriado, de ojos negros y profundos, con el párpado izquierdo caído. Tenía una mano, la derecha, metida en el bolsillo de la chaqueta pero como no le vi un bulto excesivo, deduje que en lugar de la culata de una pistola, estaba acariciando el mango de una navaja de resorte.

Cerré la puerta lentamente. No empecé a dar gritos ni a mostrarme ofendido por la intromisión de aquellos tipos; para ellos hubieran sido cuentos chinos. El protestar por el allanamiento de mi casa les habría hecho revolcarse de risa por el suelo.

En suma, antes de haberme hablado, ya sabía a lo que habían venido.

Esperé unos segundos, sumido en un silencio especulativo. De pronto, el sujeto normal, que daba la sensación de ser el cabecilla del trío, se me acercó y me tocó en el pecho dos o tres veces con el dedo índice.

—Tú eres Bill Jones, ¿no es así? —dijo.

—Cierto, no tengo por qué negarlo —admití.

—Escucha, vamos a darte un buen consejo. Hoy has recibido un encargo. Olvídalo, ¿quieres?

—Me han pagado ya —contesté sin pestañear.

—Oh, eso no importa. A... la persona que te pagó, unos dólares más o menos la tienen sin cuidado.

Fingí reflexionar.

—¿Sugiere usted que no haga lo que me han dicho y que me guarde el dinero? —pregunté.

El tipo se volvió hacia los otros, sonriendo satisfecho.

—¿Qué os parece, chicos? ¡Ya os dije que este buscapistas era un tío inteligente!

Y soltó una alegre carcajada, coreada en el acto por la pareja de hampones.

—Muy bien, chico, muy bien —añadió el fulano, volviéndose de nuevo hacia mí—. Nos complace mucho ver que te muestras tan comprensivo —bruscamente, cuando yo creía alejado el nubarrón que se cernía sobre mí, agregó—: De todas formas, como es muy posible que cuando nos hayamos marchado, cambies de modo de pensar, vamos a hacerte una ligera advertencia a fin de que entiendas lo peligroso que sería para ti incumplir la palabra que nos has dado.

Se volvió hacia el gigante y exclamó:

—Anda, dale tu lección, Hock.

El gigante avanzó dos pasos hacia mí, con el júbilo reflejado en sus pupilas. Resultaba evidente que era un sujeto que disfrutaba golpeando. La idea de que aquellos puños pudieran machacarme el cuerpo, me aterró.

Pero solo por un instante. Al siguiente, antes de que se dieran cuenta de mis intenciones, salté hacia adelante.

El enano lanzó un grito de advertencia.

—¡Cuidado, Stilles!

El jefe del trío se volvió hacia mí, aunque ya tarde. Le agarré por las solapas del traje con todas mis fuerzas y lo arrojé contra el gigante. El gesto mío, precisamente por inesperado, les halló desprevenidos.

Cayeron al suelo, con gran revoloteo de brazos y de piernas, forcejeando por desenredarse. Mientras se esforzaban por desatar

aquel imponente lío de miembros, vi con el rabillo del ojo que el enano sacaba la navaja del bolsillo.

Me arrojé sobre él, en lugar de huir, que era lo que esperaba. Esto le desconcertó hasta tal punto, que durante un segundo, llegó a olvidarse de que tenía la navaja en la mano, Cuando lo quiso recordar, era ya tarde.

Agarré con la izquierda su muñeca armada y con la derecha le asesté un terrible puñetazo en mitad de las narices, aplastándoselas con un inconfundible crujido de cartílagos. El enano lanzó un angustioso chillido y luego, el mismo dolor lo hizo desmayarse, mientras de su maltratado apéndice brotaba un verdadero río de sangre.

En aquel instante, escuché ruido a mis espaldas. Hock cargaba sobre mí.

Apenas si tuve tiempo de hacer otra cosa que asir la silla que tenía más próxima. La levanté en alto y, volteándola sobre mi cabeza, la estrellé contra el gigante.

La silla se rompió en mil astillas con sonoro crujido. Hock había puesto delante de su rostro los brazos, en un movimiento instintivo de protección, que consiguió sus propósitos en buena parte. Sin embargo, hasta para un gigante un silletazo es algo que no se recibe sin daños.

Hock retrocedió tambaleándose, aturdido por la violencia del golpe. Entonces escuché la voz de Stilles.

—¡Quieto! ¡Quieto o le abraso!

En su mano tenía una pistola de pavoroso aspecto.

Sabía que no iba a disparar; no eran esas sus intenciones, además de que se trataba de una automática calibre cuarenta y cinco, cuyo disparo suena como un cañonazo. Además, él mismo lo había dicho: solo trataban de formular una advertencia. Por lo tanto, la pistola solamente tenía en aquellos momentos un valor intimidatorio.

Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, un jarrón de cerámica volaba por los aires hacia él, estrellándose contra su pecho y rompiéndose en, numerosos fragmentos. Stilles vaciló retrocedió y acabó cayendo al suelo.

Pero el gigante continuaba en pie todavía y, rehecho, cargaba de nuevo sobre mí. Le asesté un golpe innoble; un punterazo en la

rodilla, que quebrantó de nuevo su resistencia y le hizo prorrumpir en alaridos, a la vez que se agarraba el miembro afectado con ambas manos y empezaba a dar ridículos saltitos por la habitación.

Me agaché y recogí del suelo una de las patas de la silla. El palo cayó sobre la cabeza de Hock, derribándolo fulminado al suelo.

Todavía no se había terminado la fiesta, sin embargo. Stilles gateaba en busca de su pistola. De nuevo usé el pie con devastadores efectos, esta vez, en la muñeca derecha del hampón. Stilles empezó a chillar, arrodillado, a la vez que se agarraba el miembro herido con la otra mano. Me arrodillé frente a él, le agarré por los cabellos y empecé a machacarle la cara. De pronto puso los ojos en blanco y empezó a ladearse. Solté su pelo y cayó a un lado, completamente inconsciente.

Hock era un sujeto de una vitalidad fabulosa. Ya se estaba despertando de nuevo.

Tuve que golpearle con el mismo palo por segunda vez para devolverle al país de los sueños. Apaciblemente, Hock se tendió en el suelo y se durmió.

Saqué el pañuelo del bolsillo y me limpié la frente, inundada de sudor. Entonces, de repente, sentí que me invadía una terrible debilidad. Las piernas me temblaron de tal modo, que estuve a punto de caer redondo al suelo. La reacción lógica después de lo que había pasado, claro.

Tambaleándome como si estuviese borracho, me dirigí hacia un armario cercano, del que extraje una botella. Quité el corcho, y bebí directamente del gollete un par de buenos tragos.

El alcohol tuvo la virtud de reanimarme considerablemente. Entonces decidí que no podía entretenerme más tiempo.

Entré en mi dormitorio y deshice la cama, convirtiendo las sábanas en tiras. Luego pasé diez minutos muy atareados, convirtiendo al trío de hampones en sendas salchichas. Rematé la tarea con tres mordazas, al cabo de cuyo tiempo pude considerar terminada la labor.

Hock y Stilles se habían despertado, ya y me miraban con furia. Trataron de desasirse de las ligaduras que los sujetaban, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. De todas formas, pude percatarme que las colosales fuerzas del hércules acabarían por vencer, así que tuve que reforzar las ataduras, ligándolos los tobillos dos a dos y, por si

fuera poco, también los cuellos respectivos, estos con una sola tira, de tal modo, que sus mejillas estaban pegadas por completo.

—Vais a divertirlos antes de que alguien venga por, aquí —dije —. Ahora me marchó yo y estaré fuera una buena temporada.

Hock gruñó algo. Le saqué la lengua en son de burla.

En unos minutos preparé una maleta con lo más indispensable, echando en ella dos pistolas y una navaja de resorte, arsenal que había pertenecido a los hampones. Luego salí de nuevo al vestíbulo.

—Hasta la vista, granujas —saludé.

Y me fui, después de apagar la luz, naturalmente.

\* \* \*

Mi siguiente etapa terminó en la fastuosa mansión que Farrar poseía en las afueras de Sparrel City. En más de una ocasión, había visto fotografiados sus interiores tanto en las revistas de sociedad como en las técnicas de decoración y otras semejantes, y sabía que tanto el interior como el exterior correspondían a las más avanzadas expresiones. Chester K. Farrar no era hombre que hiciese jamás las cosas a medias; pagaba con la magnificencia de un rey de leyenda, pero quería siempre lo mejor. Y no lo digo precisamente por mí.

Segundos después, llamaba a la puerta de la mansión. Un estirado mayordomo, de rostro pétreo, salió a recibirme.

—¿Está la señorita en casa? —pregunté.

El mayordomo, me miró como si yo fuese un insecto raro vestido de hombre.

—En estos momentos, tiene una visita —contestó al cabo, con una voz tan inexpresiva como su cara—. Tengo órdenes severísimas de no permitir que se la moleste para nada.

—O.K., hermano —dije. Alargué la mano derecha y lo lancé fácilmente a un lado—. A mí, sí me recibirá.

Avancé por el suntuoso vestíbulo, capaz de albergar un bombardero atómico, y me dirigí hacia una puerta que suponía debía ser la de la estancia donde se hallaba la chica con su visita. Al otro lado, una escalera de peldaños al aire, de audacísimo diseño, conducía a las habitaciones del piso superior.

Una doncella apareció por otra puerta del vestíbulo. Al verla, levanté la mano e hice chasquear dos dedos.

—¡Eh, usted, por favor!

—¿Señor? —dijo la mujer.

—Suba a la habitación de la señorita Lillian y prepárele inmediatamente una maleta con las ropas necesarias para pasar, por lo menos, una quincena fuera. Vamos, pronto, no se quede ahí parada. ¿Acaso hablo en chino?

El mayordomo de cara de piedra se puso de nuevo delante de mí.

—Señor —dijo con firmeza—, la señorita Farrar no quiere recibirle.

Le miré con fijeza. Cerré el puño, dispuesto a partirle en dos con un golpe en el estómago, pero no hubo necesidad de recurrir a soluciones extremas.

El vozarrón de Farrar retumbó por los muros del vestíbulo.

—¡Hisser! Deje que el señor Jones haga lo que debe hacer.

Me volví hacia el dueño de la mansión. Estaba en el piso superior, con ambas manos apoyadas sobre la barandilla del corredor en voladizo.

—Muchas gracias, míster Farrar. Ah, permítame que le dé un buen consejo.

El sujeto enarcó sus cejas, con gesto inquisitivo.

—¿Sí, míster Jones?

—Despida a su secretaria. Estuvo escuchando toda la conversación que sostuvimos los dos a través del interfono.

Los ojos de Farrar despidieron centellas.

—¡Esa zorra! —barbotó—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Tuve una visita poco después de mediodía. Pretendían disuadirme de que siguiera a su servicio.

—¿Y...?

—Mañana por la mañana, avise a la policía. Dígales que vayan a mi apartamento y que dejen sueltos a tres granujas que están allí, atados como salchichas.

Por primera vez desde que lo conocía, le vi sonreír con expresión divertida.

—Entiendo —dijo—. Lo haré como usted me indica—. Y casi al instante, volvió a lanzar truenos por la boca—. ¡Paulina! —se dirigió a la extática doncella—. ¿Qué hace parada como un poste? ¿No ha oído las órdenes de míster Jones? ¡Pues cúmplalas

inmediatamente, infiernos!

—Sí... sí, señor —balbuceó la doncella, completamente aturdida. Empezó el ascenso hacia el piso superior a la carrera, volviéndose de cuando en cuando para mirarme, con expresión de infinito respeto. ¿Quién era aquel sujeto que se atrevía a dar órdenes al todopoderoso Chester K. Farrar en su propia casa?

Miré a Farrar, junté el índice y el pulgar en círculo y le guiñé un ojo.

Luego giré sobre mis talones y me encaminé hacia la habitación donde estaba Lillian con su visitante.

Abrí la puerta de golpe, sin molestarme en pedir permiso. Entonces me encontré en un vasto salón de recibir, decorado de una manera totalmente futurista, pero sin estridencias que pudieran dañar a la vista. Uno de sus muros, de diez metros de largo por casi cuatro de alto, era totalmente de vidrio y permitía ver el fabuloso jardín que había al otro lado, así como la piscina que lo adornaba, construida de tal manera que parecía un estanque rocoso completamente natural. Las dimensiones de la piscina eran gigantescas y en su centro tenía una islilla de rocas, con un trozo de tierra vegetal, de cuyo centro emergía un gigantesco roble, que proporcionaba al conjunto una belleza rústica de singular atractivo, precisamente por el agradable y espectacular contraste que significaba con el avanzadísimo modernismo del edificio.

En el extremo opuesto había un bar, junto al cual había dos personas tomando un aperitivo. Una de ellas era la hija del dueño de la casa.

Lillian Farrar era una muchacha de veintidós o veintitrés años de edad, alta y esbelta, de formas flexibles y sinuosas, subrayadas por el ceñidísimo «pullover» azul fuerte que enfundaba su bien moldeado busto y los ajustados pantalones de tejido plateado que le llegaban a los tobillos y que amenazaban estallar por la parte de las macizas caderas en cualquier momento. Tenía el cabello rubio, muy claro, cortado casi como un muchacho y, aunque era una belleza, su hermosura quedaba paliada por la continua expresión de altivez y orgullo que flotaba en sus rasgos fisonómicos. Los ojos eran como los de su padre, fríos, duros como el pedernal. Al verme entrar sin permiso, interrumpiendo bruscamente el amistoso coloquio que sostenía con el fulano que se hallaba a su lado, se hicieron más

duros todavía.

En cuanto al visitante, tratábase de un sujeto de unos treinta y cinco años, indudablemente guapo, vestido como un figurín, de pupilas penetrantes, tan negras como su cabello, cuidadosamente engominado y peinado con raya a un lado. Tenía la piel un tanto cetrina y sobre su labio superior, se divisaba una hilera de pelillos negros, ridículamente denominados bigote. A pesar de su aspecto afectado, pude darme cuenta en el acto de dos cosas indudables; una, era un tipo de un terrible atractivo para las mujeres; y otra, para los hombres, era un malísimo enemigo. La expresión de sagacidad que flotaba en sus bellas facciones masculinas justificaban claramente el apodo que le habían dado: «El Zorro».

Lillian Farrar me miró con cara de muy pocos amigos, de ninguno, para ser más exacto. En cuanto al gesto de «El Zorro» no era mucho más acogedor.

Pero yo no hice caso de la calurosa bienvenida que me ofrecían. Avancé hacia ellos y, dirigiéndome al hombre, dije:

—Usted es Leaven —lo expresé como una afirmación, más que como una suposición.

—Sí, pero no tengo el gusto de conocerle —dijo incisiva, hostilmente.

—A mí se me revuelven las tripas cada vez que veo a sujetos como usted, «Zorro». Me llamo Bill Jones. ¿Qué le recuerda esto?

El cetrino rostro de Leaven se tornó de un hermoso color verde. No le cabía en la cabeza, en aquellos momentos, que los tres sujetos que había enviado a «disuadirme» de que aceptase el encargo conferido por Farrar hubieran podido fracasar. Mi presencia allí era la mejor prueba de sus suposiciones.

—¡Oiga! —chilló Lillian furiosamente, a la vez que saltaba del taburete—. ¡No le tolero que insulte usted así a un huésped mío, que...!

Extendí la mano izquierda y la aparté a un lado, con gesto desdeñoso.

—«Esto» no es un huésped, es una rata —dije.

Leaven se apeó también del taburete. Era sujeto, me pareció, poco amigo de enzarzarse en contiendas físicas, pero en aquellos momentos, si quería conservar la estimación de la joven, no le quedaba otro remedio que dar la cara.

Avanzó hacia mí.

—Voy a darle una lección que no olvidará jamás —gruñó. Y disparó su puño derecho.

Levanté el brazo izquierdo, bloqueando fácilmente el golpe. Luego, lancé la derecha a fondo, contra el estómago de «El Zorro».

Leaven boqueó agónicamente, mientras se curvaba sobre sí mismo. Lillian gritó de nuevo.

Era más brava que él y, además, en aquellos instantes, debía hallarse en estado normal, quiero decir que hacía poco que se había drogado, recobrando con ello la plena percepción de sus facultades. Se arrojó sobre mí, intentando sacarme los ojos —los suyos parecían los de una bruja en el paroxismo de su cólera demoníaca—, pero moví el brazo izquierdo en semicírculo horizontal, y le di un pequeño golpe en el pecho, bajo los senos, con el filo de la mano. Aquello fue suficiente para cortar sus gritos, por falta de respiración.

Leaven trataba de incorporarse de nuevo. Mi primer golpe le había reducido a la impotencia, o poco menos, así que me resultó relativamente fácil agarrarle por el cuello de la chaqueta y los fondillos de los pantalones y empujarle hacia la puerta del salón.

Sin soltarle, abrí la puerta con una mano. Atravesamos juntos el vasto recibidor; aunque Leaven trataba de liberarse, sus esfuerzos resultaban completamente estériles.

Hisser, el mayordomo de cara de piedra, adivinó mis intenciones y se precipitó a abrir la puerta. Leaven juraba y renegaba obscenamente, pero no podía hacer nada.

Cuando lo tuve bajo el dintel de la entrada, lo solté. Entonces, antes de que pudiera volverse, le aticé un terrible patadón en salva sea la parte que lo envió rodando por los escalones de acceso al porche.

«El Zorro», dio varias volteretas antes de detenerse. Luego, torpemente, aún sin comprender muy bien lo que le había sucedido, se levantó y me miró con ojos inyectados en sangre.

Alargué la mano hacia él.

—¡Y no vuelva, jamás por esta casa —advertí— o de lo contrario, le dejaré el físico como usted quiso que me lo dejaran sus perros de presa! ¡Lárguese, bergante!

Algo vio el sujeto en mi actitud que le hizo callar, pese a que un

odio asesino latía en su mirada. Humillado y maltrecho, giró sobre sus talones y se alejó tambaleándose hacia la salida.

Una vez que vi que su coche arrancaba, me volví hacia la casa. Miré a Hisser y me pareció ver que sus facciones de cemento se dulcificaban levemente con una apenas perceptible sonrisa.

Le guiñé el ojo. Abombé el pecho y crucé el umbral de nuevo.

En realidad, era ahora cuando empezaba lo más difícil de mi misión. Farrar se hubiera asombrado hasta la idiotez, de haber podido conocer el enorme interés que tenía yo en realizarla lo mejor posible.

## CAPÍTULO III

LILLIAN FARRAR salía en aquel momento por la puerta del salón, alborotando y chillando como una borracha paranoica. Me fui hacia ella, pero no retrocedió, ni mucho menos; era valiente la chica.

De nuevo se arrojó sobre mí, a la vez que me maldecía profusamente. La dejé llegar a mi altura y entonces, cuando se disponía a arañarme, la agarré por ambas muñecas, pegándole mi par de violentos tirones, que estuvieron a punto de arrancarle los brazos de los hombros. Esto la dejó un poco más calmada.

Aproveché la ocasión. Metí el hombro y me la cargué como si fuera un saco de patatas, sujetándole ambas piernas fuertemente con el brazo izquierdo. En aquella postura la chica empezó a darme puñetazos en la espalda, pero poco daño podían causarme sus golpes y no hice el menor caso de sus esfuerzos por soltarse.

—¡Paulina! —grité.

La doncella apareció casi al instante, con una maleta en las manos. Descendió la escalera a toda prisa, terriblemente asustada sin duda por aquel tornado que se había metido en casa —cosa extraña para ella, con la autorización del propietario— y me entregó la maleta, que tomé con la mano derecha.

El padre de la chica estaba en lo alto de la escalera, contemplando la escena con evidente satisfacción. Le miré a los ojos.

—Míster Farrar —grité—, ¿cuáles son sus relaciones con la policía?

—Excelentes, míster Jones —contestó.

—Entonces, hágame el favor de avisarles que su hija y yo vamos de viaje —le pedí—. No quiero encontrarme con una acusación de secuestro, ¿comprende?

—Descuide usted, míster Jones. Y váyase tranquilo, yo cuidaré del resto.

Lillian empezó a chillar de nuevo.

—¡Papá! ¿Es que vas a permitir que este energúmeno me rapte? —protestó airadamente.

—Hija, si no lo permito, me rebanará el pescuezo —contestó Farrar socarronamente.

—¡Papá! —volvió a chillar la muchacha.

—¡Adiós, míster Farrar! —grité yo, encaminándome de nuevo hacia la puerta.

Hisser corrió delante de mí. El mayordomo de cara de piedra me facilitó notablemente el trabajo, precediéndome en todo momento, hasta llegar al coche, cuya puerta abrió.

—La maleta al asiento posterior, sobre esos bultos —indiqué.

—Sí, míster Jones —contestó Hisser servicialmente—. ¿Le ayudo también a colocar a la señorita?

Lillian no había dejado de agitar y patearme, moviéndose como una lagartija. La arrojé sobre el asiento delantero, junto al puesto del conductor, pero ella rebotó como una pelota de goma, dispuesta a escapar de allí como fuera.

Lo malo para ella fue que no había contado con que yo sabía lo que iba a hacer y estiré el brazo, con el puño cerrado, en el instante exacto en que proyectaba su cabeza hacia fuera. Ella misma fue la que puso la barbilla en contacto con mis nudillos.

Sonó un seco crujido y sus gritos cesaron en el acto. Puso los ojos en blanco, emitió un hondo suspiro y empezó a caer lentamente, tanto, que tuve tiempo de recogerla en el aire y acomodarla cuidadosamente en el asiento del coche.

—Las mujeres, qué problemas, ¿eh, Hisser? —dije.

—Si el señor me lo permite, le diré que ha empleado el mejor tratamiento para la señorita —contestó el mayordomo con tono altamente respetuoso.

—Muchas gracias, Hisser.

Di la vuelta al coche y me senté en el asiento del conductor. Alargué la mano hacia la derecha y puse el seguro de la portezuela

junto a la cual se hallaba la chica. Luego di gas y arranqué.

En el momento en que el coche empezaba a rodar, vi a Farrar, de pie en el pórtico iluminado. Farrar agitó la mano y yo le correspondí en la misma forma. Luego me lancé, a toda velocidad hacia la cabaña de mi amigo, Mike.

\* \* \*

Poco después de medianoche, llegamos a Temple Lake, que es donde está situada la cabaña de mi amigo Mike. Y no crean que me resultó fácil conducir con aquella fierecilla a mi lado, pero cuando, con cara hosca, la convencí de que o se estaba quieta o cada vez que se moviese, la iba a desmayar a golpes, optó por permanecer inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, sumida en un hostil silencio que no me prometía nada bueno para los días sucesivos.

La cabaña está situada a la orilla del lago, un vasto estanque natural de varias millas de circunferencia, enmarcado por altas montañas cubiertas de una espesa vegetación de tipo alpino. Mike es un tipo original en todo y así se hizo constituir la cabaña directamente sobre las aguas, sostenida por un fuerte conjunto de pilotes, a casi cien metros de la orilla. Está unida a tierra firme por una ancha pasarela de madera que permite el tránsito de un automóvil e incluso se halla dotada de un cubículo para garaje. En torno a la cabaña hay una vasta plataforma, con espacio suficiente para la maniobra del vehículo, cubierta en su casi total extensión por una gran marquesina que proporciona abrigo y sombra a un tiempo. Es un lugar magnífico, ideal para el reposo y las vacaciones. Se puede practicar la natación, la pesca y la caza, así como toda suerte de deportes náuticos, aunque Mike no disponía de lancha a motor y sí de un pequeño bote con el que de vez en cuando se va a pescar al centro del lago.

La luna estaba en todo su esplendor y derramaba sobre el paraje una luz que permitía ver claramente, sin necesidad de los focos. Apagué estos y me dispuse a salir, pero antes juzgué oportuno hacer una advertencia a la joven.

—Óigame bien una cosa que le voy a decir, miss Farrar. La he traído aquí porque me lo ha encargado su padre y no crea que le

impediré que se marche, si ese es su gusto. Pero yo que usted —añadí—, no lo haría; los bosques están llenos de alimañas dañinas y... le aseguro que un puma es una cosa seria si no se dispone de un buen rifle. ¿Me ha entendido?

Me pareció que el enfado, sin habérsele pasado del todo, había sido sustituido por una buena dosis de curiosidad. Sus ojos me miraron penetrantemente.

—¿Por qué le dio mi padre esa orden, míster...?

—Jones, Bill Jones, aunque puede llamarme Bill, sencillamente, a partir de ahora. Y en cuanto a los motivos de haberla traído aquí, ya se los explicaré más adelante.

Volvió a cruzar los brazos sobre el pecho.

—No me apearé del coche hasta que me lo haya dicho —afirmó rotundamente.

Alargué el brazo y solté el pestillo de la portezuela.

—O se baja o la bajo —exclamé con tono que no admitía duda—. Y ya ha podido comprobar antes que hay ciertas normas éticas que no cuentan para mí.

—Sería capaz de golpearme de nuevo —dijo con desprecio;

—Por supuesto —contesté desenvueltamente—. ¿Se baja?

—Está bien. Cedo, pero solo ante la fuerza —declaró con gran indignación—. Le aseguro que, en cuanto vuelva a ver a mi padre...

—Su padre sabe mucho mejor que usted lo que le conviene —atajé sus frases de enojo. Salté al suelo y me dirigí hacia la puerta de la cabaña.

Entonces, cuando ya había insertado la llave en la puerta de la cerradura, oí el ruido del motor.

Adiviné lo que sucedía. Giré en redondo, saqué la pistola, y disparé rápidamente a las dos ruedas delanteras, deshinchándolas antes de que Lillian hubiese tenido tiempo de iniciar la maniobra.

—Salga —ordené imperativamente—. Estamos solos y la aldea de Temple Lake, que es el lugar habitado más próximo, está a diecinueve millas, así que nadie habrá oído los disparos.

Lillian se apeó del coche, con las facciones deformadas por la cólera. Avanzó hacia mí, con los senos alborotados y los ojos en llamas.

—Miserable —me apostrofó—. Inmundo canalla...

¡Slash!

La bofetada sonó como un trallazo. Lillian me miró con la boca completamente abierta, como si no acabara de dar crédito a lo que le había pasado tan solo unos segundos antes.

Señalé con el pulgar hacia la puerta.

—Entre y encienda la luz. Debe haber sobre la mesa un farol de petróleo y cerillas. Yo voy a traer las cosas.

Obedeció sin rechistar. Todavía no había recobrado el habla.

Lo primero que transporté fueron las dos maletas, con los respectivos equipajes. Depositó la suya sobre una silla.

—Aquí tiene todo lo necesario para vestirse durante cuatro semanas —dijo—. Si le apetece, puede cambiarse ahora mismo. Luego prepararé algo de comer para los dos.

—¿Cuánto tiempo ha dicho? —preguntó, atónita.

—Cuatro semanas, por lo menos —reafirmé, tras de lo cual volví a salir.

Transporté al interior de la cabaña los paquetes con las provisiones en tres o cuatro viajes, apilándolos a un lado. El salón de entrada era grande y estaba amueblado rústicamente, pero con elegancia y comodidad. En uno de los muros había una gran chimenea de piedra, sobre la cual divisé troncos y astillas, ya dispuestos para ser encendidos. Acerqué una cerilla a las astillas y pocos momentos después, las llamas ponían una nota alegre de fulgor en la estancia. Estábamos en abril y por las noches aún hacía frío en las montañas.

Trabajé solo. Lillian estaba en una de las dos habitaciones para dormir que tiene la cabaña. En un rincón del salón había una cocina, que encendí también. Puse una cafetera al fuego y luego empecé a abrir algunas latas.

A mitad de la tarea, Lillian salió de su habitación. Se había cambiado de ropa, sustituyendo los pantalones por una falda de amplio vuelo, completada con una blusa sin mangas, de seda verde, prietamente ceñida a su busto joven y arrogante. Los zapatos de alto tacón que había calzado hasta entonces, habían sido sustituidos por unas cómodas sandalias romanas, más adecuadas para el lugar.

—Hermosa —dije en tono de elogio—. Busque en aquel armario —se lo señalé—. Hay platos y todo lo que se necesita para poner la mesa.

Lillian vaciló un momento pero recordando, sin duda, mis

contundentes procedimientos, obedeció sin rechistar. Cuando terminó, volqué en una fuente el contenido de dos latas de carne, añadiendo el de una de tomate en salsa y unos huevos duros. Llevé todo a la mesa en compañía de la cafetera y me senté frente a ella.

—Por esta noche —dijo—, tendrá que dispensar la exigüidad del menú. Mañana podremos dedicarnos a la pesca y, quizá también a la caza. Así podremos variar la composición de las comidas, cosa muy importante cuando se trata de pasar unos cuantos días aislados del mundo por completo.

—Todo eso está muy bien —admitió Lillian en tono ya más tolerable: En medio de todo, pude darme cuenta de que le gustaba la aventura y la nueva situación en que se hallaba, no dejaba de tener para ella sus atractivos—. Pero, ¿puedo saber de una vez por qué he de estar cuatro semanas, al menos, junto a un tipo a quien he tenido el disgusto de conocer hoy por vez primera?

—Ayer —corregí, atacando mi ración con el tenedor. —Son ya las dos y pico de la madrugada.

—Eso es lo de menos —exclamó ella, impaciente—. Lo que quiero saber de una vez es por qué mi padre ha consentido que me rapte usted y me traiga a este lugar en donde no he estado jamás en los días de mi vida.

La miré fijamente durante unos segundos.

—¿Es que no se lo imagina? —murmuré.

—¡No! —y pegó una patada en el suelo—. ¡No tengo la menor idea!

—Bien —contesté. Era preciso medir cuidadosamente las palabras—. En primer lugar, su padre quiere separarla de la compañía de un tipo nada recomendable como Lee Leaven, alias «El Zorro»...

—Hasta ahora, nunca puso el menor inconveniente a que me dejara acompañar por quien mejor me pareciera —replicó ella.

—En este caso, el asunto varía —inspiré con fuerza y me lancé a fondo—. Su padre no quiere que siga usted tomando drogas, Lillian.

El silencio gravitó de pronto sobre nosotros como una losa de cemento.

## CAPÍTULO IV

LOS dedos de Lillian perdieron repentinamente su fuerza. El tenedor golpeó contra el plato con metálico sonido que nos sacó a ambos del momentáneo estupor en que habíamos caído,

—Repita eso que ha dicho, míster Jones —dijo al cabo, muy pálida.

—Muy sencillo —contesté, empezando a sentirme desconcertado por su actitud, que se me antojaba extraña en grado sumo—. Su padre me dijo que debía traerla aquí, bueno, a un lugar cualquiera, con tal que estuviese absolutamente aislado del mundo, y curarla de su afición a las drogas. Me dijo también que era Leaven el que la había inculcado tal afición...

Lillian me interrumpió con un gran grito:

—¡Pero si yo no me he drogado jamás!

Creo que me quedé sin fuerza en los músculos maseteros; de tal forma quedó colgando mi mandíbula.

—¿Que no... no se ha drogado? —repetí estúpidamente.

—¡Pues claro que no, pedazo de idiota! —me increpó—. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante insensatez?

Empecé a recobrarme.

—La insensatez, en todo caso, no es mía, sino de su padre, Lillian —alegué.

—¡Oh, qué absurdo! —exclamó—. ¡Ya sé por qué lo ha hecho! ¡No quiere que siga viendo a Lee Leaven y por eso...!

Me puse en pie, cortando bruscamente sus palabras.

—Levántese —ordené en tono seco.

—¿Qué es lo que pretende ahora?

—Levántese, digo; no me obligue a hacerlo por mí mismo.

Lillian obedeció, con el estupor retratado en su rostro. Di la vuelta a la mesa y me detuve a dos pasos de ella.

—Enséñeme las piernas.

—¡Oiga, tío sinvergüenza! —gritó ella, indignadísima—. ¿Qué se ha creído...?

—No me obligue a actuar, Lillian —dije, armándome de paciencia—. No tengo el menor deseo de contemplar una exhibición; bastante enseña usted cuando acude a las playas de moda con el cuerpo cubierto por diez centímetros cuadrados de tela, pomposamente llamados «dos piezas». Solo quiero comprobar una hipótesis, conqué, ¡arriba esas faldas!

Lillian se mordió los labios, a la vez que se ponía colorada hasta las orejas. Finalmente, hizo lo que le decía.

Me quedé estupefacto. La tersura de la piel de sus muslos no estaba alterada en absoluto por el menor rastro de pinchazos de agujas de inyecciones.

—¿Está satisfecho ya el comprador de esclavas? —preguntó ella sarcásticamente.

Levanté la vista hasta sus ojos.

—Hay muchas otras formas de tomar la droga —argüí—. Algunos se la inyectan directamente en la vena del brazo —y la tomé rápidamente por la muñeca comprobando que la piel de aquella zona de su anatomía estaba absolutamente intacta.

—En mi vida he conocido ni siquiera el humo de un cigarrillo de marihuana —dijo Lillian.

—La cocaína se toma por inhalación nasal —manifesté—. Eso no deja rastros en la epidermis.

—¡Repito que no he tomado jamás ninguna droga! —chilló.

Volví a mi sitio en la mesa.

—Es posible que sea verdad lo que dice. De todas formas, en veinticuatro horas, máxime cuarenta y ocho, podré saber si es verdad lo que me dice,

—¿Cómo lo sabrá?

—Un adicto no puede pasar tanto tiempo sin tomar una dosis de su droga. Siéntese y siga comiendo, por favor.

Lillian obedeció.

—Todavía no se fía de mí —dijo en tono acusador.

—Ciertamente —contesté—. Y me pagan para eso, su padre, precisamente. De modo que dentro de un día o dos conoceré si dijo verdad o miente.

La chica pareció tomárselo con un poco más de tranquilidad.

—Pero, no entiendo por qué mi padre actúa de esa manera, Bill.

—Aunque no sea verdad lo de las drogas —repuse—, lo que sí es cierto, sin lugar a dudas de ningún género, es que Leaven es un pandillero de la peor especie, pese a sus refinados modales y a su aire de hombre de mundo. Incluso, no me extrañaría que se dedicase también al negocio de las drogas.

—¿Cómo lo sabe usted?

—En primer lugar, porque soy detective privado y he tenido que hacer algunas investigaciones. El nombre de Leaven me ha sido mencionado en más de una ocasión y no para bien, Lillian. Y, en segundo, hoy, es decir, ayer a mediodía, envié a tres de sus gorilas a disuadirme de que no hiciera lo que su padre me había encomendado. Tuvimos una discusión de las buenas, se lo aseguro.

Lillian palideció.

—Y yo que le creí todo un caballero.

—Lo cual demuestra, una vez más, que las apariencias engañan —dije sentenciosamente. De pronto, me quedé con el tenedor en alto—. Lo que no entiendo es por qué, si su padre quería separarla de «El Zorro», recurrió al ardid de decirme que estaba drogada.

—A mí, que me registren, Bill —contestó ella pintorescamente.

Reflexioné unos minutos, mientras terminaba de cenar. Era obvio que Farrar había querido apartar a Lillian de la vecindad de Leaven, pero no me parecía aquel el medio más adecuado. Aparte de sus poderosas relaciones en el ámbito de la ciudad donde residía, estaba el hecho de su incalculable fortuna. ¿Por qué no había enviado a Lillian a realizar un largo viaje alrededor del mundo?

Y, sobre todo, disponiendo de tanta influencia, ¿por qué no la empleaba con la policía de Sparrel City para desembarazarse de Leaven?

Para esta pregunta había una sola clase de respuesta.

Chantaje.

«El Zorro» sabía algo que podía perjudicar gravemente a Farrar si se hacía público. Por eso no se atrevía a meterse directamente con él y había solicitado mis servicios.

¿Esperaba que yo le solucionase el asunto?

Lillian interrumpió súbitamente mis poco claros pensamientos.

—Dígame, Bill, ¿no nos hemos visto usted y yo antes de ahora? Le he estado mirando con atención y me parece que su cara me resulta conocida.

Chester K. Farrar me había dicho algo muy semejante el día anterior.

—No —contesté lentamente—, no nos hemos visto jamás antes de ahora.

\* \* \*

Aquella noche me costó bastante dormir, pese a que ya era muy tarde cuando me fui a la cama. Por eso, naturalmente, me desperté también muy tarde, más de las diez de la mañana.

Me vestí rápidamente, efectuando un somero aseo, y luego salí al comedor, en donde vi una cafetera al fuego y el desayuno en la mesa. Sobre mi taza divisé una nota.

Tomé el papel. Estaba escrito de mano de Lillian y me decía que se había ido a hacer un poco de ejercicio y que ya tenía el desayuno preparado.

Estaba hambriento, así que despaché mi abundante ración con rapidez. Acompañé el desayuno con dos o tres tazas de café y a continuación, tras haber encendido un cigarrillo, salí fuera de la cabaña.

El coche estaba donde lo dejara la noche anterior. Fruncí el ceño; solo tenía una goma de repuesto. ¿De dónde diablos iba a sacar la otra para poder regresar a Sparrel City? Me estremecí, pensando en las diecinueve millas de caminata hasta la aldea. Y otras tantas de regreso. La perspectiva no tenía nada de agradable.

Me sentí furioso contra la chica, por haberme obligado a hacer una cosa semejante. El cigarrillo me supo repentinamente a demonios y lo tiré al agua, por encima de la barandilla.

Di la vuelta a la cabaña. En aquel momento oí ruido de chapoteos.

Llegué al otro lado justo cuando Lillian salía del agua. Traté de permanecer impasible, pero creo que ella captó la admiración que se reflejaba en mis ojos al verla vestida con aquel traje de baño

blanco —no era un dos piezas— que delimitaba tan exactamente las armoniosas líneas de su incomparable silueta. Era una muchacha realmente hermosa y, además, sana y fuerte, pese a su esbeltez. ¿Cómo se le había ocurrido al imbécil de su padre acusarla de drogarse?

Lillian agitó la mano y sonrió, enseñando una dentadura tan deslumbrante como el traje de baño que vestía.

—¡Hola, Bill! —gritó—. El agua está muy fría...

—¡Brrr...! —hice—. Entonces, no me busque ahí dentro.

Ella soltó una alegre carcajada. Luego, tomó una toalla y empezó a frotarse con fuerza.

—¿Desayunó ya, Bill?

—Sí. Por cierto, nunca la creí capaz de cocinar tan bien, Lillian —me puse un cigarrillo en los labios y lo encendí—. Esa es una habilidad totalmente insospechada en usted.

—Tengo otras más, pero usted no las conoce todavía —respondió ella con desparpajo,

—Ya me lo imagino —dije, con el pitillo humeante, colgado de los labios—. Alguna de esas habilidades debió enseñárselas Leaven.

Sus ojos lanzaron chispas. Dejó de frotarse y se me acercó, deteniéndose tan cerca de mí que nuestros cuerpos casi se rozaban. Inspiró con fuerza e irguió el busto, mientras me dirigía una profunda mirada.

—Será mejor que empieces a dejar de pensar en Leaven —dijo, tuteándome de repente. Tomó mi cigarrillo y aspiró el humo—. Ahora estamos los dos solos, Bill.

—Lo siento, querida. Pero mi papel, en este caso, es el de un perro guardián.

Una mirada de cólera inflamó sus pupilas. De repente, sin previo aviso, me soltó una estallante bofetada.

—¡Estúpido! —murmuró. Luego, me devolvió el cigarrillo y se alejó con aire de ofendida dignidad.

Continué fumando en el mismo sitio, mientras sonreía levemente. Sí, la estancia en Temple Lake prometía ser muy divertida.

Veinticuatro horas más tarde, Lillian me dijo:

—¿Te convences ahora de que no estoy drogada, Bill?

—Sí, Lillian.

—Entonces, debemos marcharnos cuanto antes.

—No puede ser.

—¿Por qué? —preguntó, furiosa.

—Por dos razones: una, tengo la pareja delantera de neumáticos del coche, completamente deshinchada como tú sabes y solo dispongo, de una cámara de repuesto. He mirado y no tengo parches ni goma de pegar.

—¿Y la otra?

—Ignoro exactamente las razones, pero tu padre quiere que estés aquí, por lo menos, un mes. Al cabo de ese tiempo, iremos a pie a Temple Lake y buscaremos un medio de transporte para regresar a la ciudad. Pero —añadí en tono firme—, en ningún modo permaneceremos aquí ni un día menos de lo marcado.

Lillian me dirigió una mirada colérica,

—Tienes razón; eres un perro de presa, Bill —giró sobre sus talones y se alejó.

Por más que me esforzaba, no acababa de comprender los motivos que tenía Farrar para hacerme desempeñar un papel semejante. Había algo más que el simple alejamiento de su hija de un tipo como Leaven, pero, ¿qué era?

Al día siguiente me levanté a una hora más normal. Pude darme cuenta de que era el primero en saltar de la cama y empecé a preparar el desayuno.

Cuando estaba a mitad de la tarea, oí un gran estruendo en la habitación vecina. Instantes después, sonó un agudo grito.

—¡Bill!

Dejé la sartén a un lado y me acerqué a la puerta.

—¿Qué te ocurre, Lillian?

—Me caí al saltar de la cama —dijo ella, con voz crispada por el dolor—. Creo que me he hecho daño en el tobillo... Entra y ayúdame, Bill, por favor.

Dudé un segundo. Podía tratarse de una trampa. Quizá ella estaba a un lado de la puerta, aguardándome con un buen garrote en las manos. Así qué pegué un empujón a la puerta y esperé.

Pero no había trampa. Lillian estaba sentado al borde de la

cama, vestida con el pijama, mientras se agarraba un tobillo con indudables gestos de dolor.

—Vamos, Bill —dijo.

Me acerqué a ella.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, arrodillándome a su lado para examinar el miembro.

—Me caí, simplemente. Es estúpido y risible, ¿no? Pero cierto, sin embargo —con acento lleno de rabia, exclamó—. ¡Oh, qué insigne torpeza la mía!

—Aunque tú no lo creas, este es un accidente más común, de lo que piensas —contesté, mientras palpaba suavemente con las yemas de los dedos la región afectada, que ya empezaba a hincharse—. No parece que haya ningún hueso roto, aunque sí una distensión, que tardará algunos días en curarse.

—¿Y no podré andar? —preguntó ella, aterrada.

Me puse en pie. Di la vuelta al lecho y empecé a rasgar la sábana en tiras.

—Por supuesto que no. Esa clase de lesiones exigen un reposo absoluto, Lillian. Ahora cuando termine de vendarte el tobillo, te dejaré sola para que te vistas; ya pondré las ropas que me indiques al alcance de tu mano. Luego te sacaré fuera para que desayunes.

Lillian me dirigió una mirada singular, llena de malicia y picardía.

—¿Sabes, Bill? Estoy empezando a alegrarme de esta torcedura de tobillo —dijo.

Yo también la miré.

—Si crees que vas a colgar mi cabellera de tu cinturón, quiero decir, que vas a alardear un día de poder contar a Bill Jones como uno de tus trofeos amorosos, estás muy equivocada, Lillian Farrar.

—¡Insolente! —gritó.

## CAPÍTULO V

LEVANTÉ el hacha y asesté un fuerte golpe contra el tronco del pino. Puesto que mi amigo Mike había abandonado la cabaña a fin de temporada, las existencias de leña eran más bien escasas y tenía que reponerlas. Ya había derribado dos árboles; ahora estaba empeñado en tirar el tercero. Luego vendría la tediosa labor de aserrar los troncos, y cortarlos en fragmentos más pequeños y hacer astillas.

Lillian estaba en la veranda, tomando el sol. Hacía un tiempo espléndido y, después de vestirse, la había sacado a una tumbona, donde la había dejado en compañía de un libro extraído de la pequeña biblioteca que había en la cabaña, cigarrillos y fósforos.

Mientras blandía el hacha con movimientos rítmicos, mi mente seguía trabajando. Apenas si tenía una sola preocupación; conocer los motivos de Farrar. ¿Le hacía «El Zorro» un chantaje?

Golpeé el tronco con fuerza, como si hubiera sido el pescuezo de Leaven. Pronto lo sabría. Hacía cuatro días que Lillian se había torcido el tobillo, más tres que llevábamos ya en aquel momento, lo que sumaban una semana completa. Al finalizar la cuarta, llevaría la muchacha a su padre y se la devolvería, junto con la mayoría del dinero que me había entregado y del que solo había gastado lo correspondiente a los víveres adquiridos. Deduciría una modesta suma por mis servicios, por supuesto, pero no pensaba aceptar el resto. Y luego, allá se las arreglasen él y su hija con sus problemas.

El árbol cayó. Me detuve para tomar aire. Saqué un pañuelo y me limpié el sudor de la frente. Tres árboles derribados en una mañana estaba bien. Ahora tenía que comer algo y luego volvería

con la sierra para ir reduciéndolos a trozos adecuados.

Desde el punto en que estaba, no podía divisar la cabaña. A fin de no estropear el paisaje, cortando árboles en un punto demasiado cercano, me había adentrado un par de cientos de metros en el bosque. Me eché el hacha al hombro y emprendí el camino de vuelta.

Cuando estaba a punto de salir a la carretera que daba a la pasarela, oí el ruido de un motor. Un repentino presentimiento me hizo detenerme en el acto, agazapándome detrás de un frondoso arbusto.

Un coche negro acababa de llegar. Su conductor lo había detenido a la entrada de la pasarela y me pregunté cuáles eran las causas que le impelían a no continuar adelante.

Lo supe segundos después. Dos hombres se apearon del vehículo y los reconocí al instante: eran Hock y Stilles. Pude distinguir a un tercero al volante; era el enano del párpado caído.

Me pregunté cómo habrían conocido nuestro escondite. Leaven no era tonto, indiscutiblemente; se habría puesto a trabajar apenas tuvo ocasión y habría investigado concienzudamente acerca de mí y mis amistades. El resultado era que tres de sus esbirros estaban allí.

Hock y Salles caminaron resueltamente a lo largo de la pasarela. Maldije mi imprevisión al no haberme llevado una pistola; hubiera podido espantarlos a tiros desde el lugar en que me hallaba, pero ahora era tarde... y, por si fuera poco, solo estaba armado con el hacha. Pobre defensa contra, por lo menos, tres pistolas.

Pero algo había que hacer, indiscutiblemente. Estoy seguro que venían a llevarse a Lillian... y a dejarme a mí en el fondo del lago, con una piedra al cuello. Era un programa que no me gustaba en absoluto.

Reflexioné velozmente, Al fin, encontré una solución que creí adecuada.

Empecé a arrastrarme por el suelo, a unos veinticinco metros del automóvil, en dirección opuesta a la que habían traído los hampones, pero paralela al camino. Al fin logré situarme en un punto a diez o doce metros del automóvil.

Miré hacia la cabaña. Lillian estaba al otro lado, así que los hampones debían hallarse en aquellos instantes junto a ella. Sin perder tiempo, salté al camino y corrí veloz y silenciosamente hacia

el coche.

Lo alcancé por la parte posterior derecha. Miré apenas por encima de la ventanilla; el enano estaba tamborileando con los dedos sobre el volante, acompañándose de este modo con la canción que murmuraban sus labios. Toda su atención, al parecer, estaba centrada en la cabaña.

Cambié él hacha de postura, empuñándola por la parte cercana al acero. Luego, de golpe, abrí la portezuela y me colé en el interior del auto, avanzando el busto hacia adelante.

El enano oyó el chasquido del pestillo y se volvió. Sus ojos expresaron una terrible sorpresa al verme aparecer por el punto menos esperado. En la fracción de segundo que duró el encuentro de nuestras miradas, pude darme cuenta de que todavía tenía la nariz amoratada.

Y en aquel instante, el mango del hacha cayó sobre su frente con devastador impacto. El enano cerró los ojos y se hundió en el asiento, con la mano todavía metida en el interior de la chaqueta, de donde no había podido sacar la pistola.

Era preciso que me diera prisa; los hampones podían aparecer de un momento a otro. Me incliné sobre el asiento anterior y registré al sujeto, desposeyéndole de un revólver de cañón corto y calibre treinta y ocho. En el bolsillo derecho de la chaqueta llevaba la inevitable navaja de resorte, que parecía formar parte consubstancial de su atuendo. La navaja pasó también a mi poder.

Una vez hube reducido al enano a la impotencia, me agazapé en el asiento posterior, mirando por encima del borde y a través del parabrisas. Segundos después, vi a Hock y a Stilles.

Hock llevaba a la chica en brazos. Lillian se debatía como una tigresa furiosa, pero de nada le servían sus pataleos; en manos del mastodonte, era poco menos que una pluma.

Dejé que se acercasen al coche, tenía que darles la sorpresa. Cuando estaban a diez metros, salí por la misma portezuela y, protegido parcialmente por la estructura del vehículo, les apunté con el revólver.

—¡Quietos! —grité—, ¡Al primero que se mueva le perforo las tripas!

—¡Bill! —gritó Lillian, loca de alegría, al verme aparecer de modo tan inesperado.

Los dos forajidos se quedaron totalmente paralizados por la sorpresa. Especialmente, Hock no hacía sino abrir y cerrar la boca con gestos llenos de estupidez.

En cambio, la mirada de Stilles estaba cargada de veneno. De haber podido hacerlo, me habría matado allí mismo, en el acto.

—Hock, deje caer a la chica despacio —ordené—. Lillian, cuando estés en el suelo, échate a un lado.

Ella asintió con la cabeza, asustada,

Hock, aflojó los brazos. Los pies de Lillian se posaron en el suelo. Pero, de pronto, la agarró por la cintura y, agachándose prestamente, se cubrió con su cuerpo, a la vez que se esforzaba por sacar su pistola.

Maldije entre dientes por no haber sabido prever semejante contingencia. Lillian chilló furiosamente.

Stilles empezó a girar con ánimo de buscar un refugio. Disparé dos veces contra él, antes de que tuviera tiempo de sacar su pistola. Stilles volteó bruscamente y cayó sobre unas malezas del borde del camino.

Hock disparó contra mí. La bala pegó en la carrocería del coche y rebotó con maligno gañido. Me agaché inmediatamente, buscando con cierto frenesí el modo de salvar a Lillian.

El cuerpo de Lillian me impedía disparar en absoluto. Mientras, las balas de Hock seguían buscándome con desenfreno. Entonces ocurrió lo inesperado.

Hock tenía sujeta a la chica por la cintura, pero los brazos de Lillian estaban libres. De repente, Lillian se agarró con ambas manos a la muñeca del pistolero, a la vez que, inclinándose hacia adelante, se esforzaba por morderle en la mano.

Hock lanzó una espantosa blasfemia. Los dientes de Lillian se hincaron al fin en la carne de su mano. El dolor le hizo lanzar un grito de rabia. El gesto siguiente fue realizado más a impulsos de la cólera que por indicativo de la razón: con el brazo izquierdo, lanzó a Lillian a un lado como si fuera un pelele.

La chica giró un par de veces sobre sí misma y acabó rodando por el suelo. Entonces, el enorme corpachón de Hock quedó ante mi vista.

Disparé los cuatro tiros restantes en menos de otros tantos segundos. Todas las balas alcanzaron su blanco; el pecho y el

vientre del colosal individuo. Un proyectil acaso, no habría sido suficiente para detenerle; cuatro eran demasiado para que no acusara sus impactos.

La pistola cayó de sus dedos repentinamente sin fuerzas. Sus rodillas tocaron el polvo del camino.

Hock me dirigió una mirada llena de reproche. Dábase cuenta clara de que iba a morir y que yo era el culpable; sus ansias de vivir eran patentes, pero ya sabía que no había fuerza humana que pudiera alterar el curso de los hechos. Su pecho estaba ya completamente cubierto de sangre.

Lentamente, se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en el suelo, al modo de los árabes cuando hacen sus oraciones en dirección a la Meca. Se estremeció convulsivamente un par de veces y luego rodó a un lado, quedando con los brazos extendidos en cruz, inmóvil ya para siempre.

Terminé de incorporarme, mientras lanzaba a un lado el ya inútil revólver. El estruendo de los disparos había sido sustituido por un silencio absoluto.

Lillian se sentó en el suelo. Su rostro estaba completamente blanco y el labio inferior temblaba.

—¿Estás bien? —pregunté, avanzando unos pasos.

—Sí... —contestó, hipando—. Pero... me parece que el tobillo... otra vez...

—Ahora te lo miraré —dije. Me acerqué a Stilles; uno de los proyectiles le había entrado por debajo del pómulo derecho, fulminándolo en el acto.

Le despojé de su pistola; convenía no olvidar que aún quedaba un hampón con vida. Luego me acerqué a Lillian.

—Siento haber tenido que actuar así —manifesté, y arrodillándome a su lado—, pero no me quedó otro remedio. Querían raptarte... aunque no sé por qué, y a mí me hubieran matado.

—Estabas en tu derecho al defenderte, Bill —contestó ella, sonriente. Y, de repente, sin previo aviso, me echó los brazos al cuello—. ¡Oh, querido mío!

Nuestros labios se unieron en un beso estallante de pasión, olvidados por un instante de cuanto nos rodeaba. De pronto, recobré la cordura y me separé de ella, furioso contra mí mismo por

haber caído en la trampa que había querido evitar durante tantos días.

—¿Qué te ocurre, Bill? —exclamó ella, sumamente intrigada.

—No te preocupes —contesté, poniéndome en pie—. Ahora iremos a la casa, y volveré a vendarte el tobillo, pero antes tengo que hacer algo.

Recogí la pistola de Hock y se la entregué.

—Dentro del coche hay un tipo desmayado. Si se despierta y quiera atacarte, dispárale sin vacilar.

Ella asintió en silencio, sin comprender mi actitud. Entonces, agarré el cuerpo de Hock por los pies y lo arrastré hasta situarlo al otro lado de unos matorrales. El trabajo fue duro; pesaba unos ciento veinte kilos, y casi me dejó exhausto y sin fuerzas.

Luego hice lo mismo con el de Stilles.

—Daremos cuenta al alguacil de Temple Lake de lo que nos ha sucedido —dije secamente.

—Bill, ¿qué te ocurre? —preguntó ella, extrañada por mi repentino despego.

—Nada —contesté.

Regresé junto al coche. El enano empezaba a despertar entonces. Me miró y, lanzando un rugido de rabia, metió mano en su chaqueta, buscando un revólver que, naturalmente, no tenía ya.

Abrí la portezuela, le agarré por un brazo, y lo saqué a rastras fuera del coche. Le di un pequeño toque con el puño en su nariz resentida y el tipo lanzó un gemido de dolor.

Sus movimientos de resistencia cesaron en el acto. Tenía la pistola de Stilles metida en la pretina del pantalón y la saqué, poniéndosela debajo de las narices. Sus ojos voltearon agónicamente.

—Escucha, pequeño hijo de perra —dije rabiosamente—, ahora mismo, vas a dar media vuelta y largarte de aquí. No vuelvas la cabeza, porque si lo haces, te pegaré cuatro tiros. ¿Me has entendido?

El miedo le devoraba. Tenía el rostro inundado de sudor y todos sus miembros temblaban visiblemente. Había podido darse cuenta de que sus dos compinches no estaban a la vista y se imaginaba la suerte que habían corrido. Sin ellos a su lado y desarmado, su inferioridad era total, absoluta.

—Y cuando veas a ese bastardo que se llama Leaven —añadí, zarandeándolo brutalmente—, dile de mi parte que, si vuelve a molestarme, le llenaré la barriga de plomo. ¡Largo, bergante!

Le asesté un terrible empujón y lo tiré por los suelos. El enano se puso en pie y, después de arrojarme una mirada despavorida, echó a correr como si lo persiguieran cien legiones de demonios.

Estuve contemplando su huida hasta que desapareció en un recodo.

Entonces me encaré con Lillian.

—Ahora —dije—, te llevaré hasta la cabaña y volveré a vendarte el tobillo. Después, haré las maletas y nos iremos en el coche que tan galantemente nos han cedido esos granujas.

El rostro de Lillian expresó una gran sorpresa.

—¿Irnos? —exclamó—. ¿Por qué, Bill? Dijiste que permaneceríamos aquí cuatro semanas...

—He cambiado de opinión —la atajé bruscamente.

## CAPÍTULO VI

HISSEER, el mayordomo de la cara de piedra, no mostró el menor signo de extrañeza cuando, al abrir la puerta, me vio con Lillian en los brazos.

—Señor, señorita —murmuró cortésmente, haciéndose a un lado para dejarnos pasar.

Atravesé el umbral.

—¿Está míster Farrar en casa? —inquirí.

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de avisarle. Estaremos en el salón.

—Como guste el señor.

Atravesé el vestíbulo y penetré en el salón. Había un gran diván y deposité a Lillian sobre el mismo.

La chica me miró con cara compungida.

—¿Por qué insistes en marcharte, Bill? —preguntó, doloridamente.

—Es cosa mía —respondí en tono lacónico, sin querer añadir más palabras.

—Pero, Bill, si te quiero de veras...

—¡Es inútil! —corté con brusquedad—. No insistas, te lo ruego.

—Si lo haces por mi dinero, Bill... —y no se atrevió a completar la frase.

La miré duramente.

—Escucha bien esto que voy a decirte, Lillian. Puede que seas sincera, aparentemente, no hay por qué dudar de tus palabras. Sin embargo, quiero que sepas que eres, precisamente, la única mujer con la cual no me casaría, ni aunque me ofrecieran todos los tesoros

de la India.

—¡Bill! —gritó ella. Y en el mismo momento, se abrió la puerta y el dueño de la mansión penetró en la estancia.

—Míster Jones —dijo, severamente.

—Buenas noches, míster Farrar —contesté, señalando hacia el diván—. Ahí tiene usted a su preciosa hija, curada —subrayé la palabra, irónicamente—, de una intoxicación de drogas que no ha padecido jamás. En lo que a mí se refiere, el servicio especial para el que me contrató, ha terminado ya. Mañana le enviaré un cheque, devolviéndole el dinero que me entregó, deducido el importe de los gastos correspondientes. Adiós, míster Farrar. Adiós, Lillian.

Y me encaminé hacia la puerta, después de tan contundente discurso.

Farrar me salió al paso. No obstante, su medio siglo corrido, se mantenía aún fuerte y ágil; en una pelea cuerpo a cuerpo, habría resultado un enemigo de muchísimo cuidado.

—Jones —exclamó, suprimiendo el tratamiento—, necesito una explicación. Nadie deja un empleo mío, sin aclararme las causas.

—Yo no soy empleado suyo, Farrar —contesté, tratándole de igual manera—. Simplemente, me contrató para curar a su hija de una intoxicación de drogas que no padecía. Pues bien, ahí está ella, curada ya. Es cierto que tiene un tobillo lisiado, pero eso es cosa de un médico, no de un investigador privado.

—Usted no puede irse así como así, Jones —gruñó el padre de Lillian—. Algo le ha ocurrido...

—Que se lo explique su hija. Quizá Leaven también pueda decirle algo. Sobre todo —añadí mordazmente—, cuando siga apretándole las clavijas, por algo que usted quiere mantener oculto a toda costa y que pensaba podría guardar en el secreto, alejando a Lillian de la ciudad, con mi ayuda.

El rostro de Farrar griseó primero. Luego se puso del color de la púrpura.

—¡Eso que dice, no es cierto! —bramó.

Le miré de arriba abajo.

—Apártese —dije, secamente—. Está mintiendo y lo sabe mejor que nadie. Óigame, Farrar, no tengo ganas de seguir enredado en un asunto en el cual puedo dejarme el pellejo, ¿estamos? Así que, arrégleselas usted con «El Zorro» como pueda y déjeme a mí en paz.

Extendí el brazo y lo aparté a un lado con suave firmeza. Luego, abandoné la estancia.

Cuando cruzaba el umbral, pude escuchar el primer sollozo de Lillian.

Dícese que el alcohol no es un remedio para ciertos males, pero lo cierto, es que hay veces en que, si no los remedia totalmente, al menos los atenúa en buena parte. Así que, aquella noche, en la soledad de mi apartamento, me emborraché como una cuba.

\* \* \*

Desperté con la boca convertida en un trozo del desierto de California y el interior de mi cabeza convertido en un hervidero de tambores que redoblaban continuamente. Me puse en pie y, todavía vacilante, me encaminé hacia el cuarto de baño.

Tomé dos aspirinas de golpe, con un buen vaso de sales. Luego, sin dudarle dos veces, me metí bajo la ducha helada. Esto, y medio litro de café negro, hirviendo, arreglaron bastante mi estado físico.

Pero me sentía muy decaído, al menos, en el aspecto moral. Cuando recibí la llamada primera de Farrar, pensé que era la ocasión que había esperado durante años, pero ahora que la había tenido entre las manos, la había dejado escapar miserablemente.

¡Y todo, porque me había enamorado como un estúpido de Lillian!

Mascullé una interjección. Empecé a pensar en lo que debía hacer para solucionar aquel problema.

¿Marcharme de la ciudad?

Eso significaría tanto como abandonar la partida. Y no quería hacerlo... pero si seguía adelante, heriría a Lillian. ¿Qué hacer?

Sonó el zumbador de la puerta. Me dirigí a abrirla, pero antes tomé una de las pistolas capturadas a los pandilleros de Leaven y me la puse entre la camisa y el pantalón, dejándola oculta, aunque, al mismo tiempo, con facilidad para sacarla, si era preciso.

Abrí la puerta. Mi visitante era una mujer.

—¿Señor Jones? —preguntó, con dulce voz de contralto.

La contemplé unos segundos. Era de mediana estatura y formas perfectas, aunque tendiendo un tanto a la opulencia, cosa que contenía, merced a una dieta adecuada y un costoso régimen de

salones de belleza. Pero poseía una hermosura perturbadora, acentuada por unos rasgados ojos verdes y una cabellera castaño-rojiza que era un verdadero regalo para la vista. Vestía un severo traje sastre gris, con vivos de terciopelo negro, cuya factura debía ser aterradora, pero que era el complemento exacto de su espléndida silueta, espléndida aun pese a sus treinta y cinco años bien corridos.

—El mismo —contesté, apartándome para que pudiera entrar.

—Soy la señora Dwiss, mistress Dwiss —dijo, una vez acomodada en un sillón. Cruzó las piernas, enseñándome unas rodillas maravillosas, enfundadas en seda —pero su gesto era natural, sin intenciones exhibicionistas—. Tengo entendido —añadió—, que usted es investigador privado y que resuelve toda clase de problemas —cargó el acento sobre la palabra «toda».

—Admitámoslo, mistress Dwiss —contesté—. ¿De qué se trata?

Ella abrió su bolso y extrajo una costosa pitillera de platino y esmeraldas que valía el rescate de un rey. No dijo nada hasta después de haber exhalado la primera bocanada de humo.

—¿Cuánto pediría usted por rescatar unos documentos comprometedores, que están en poder de una persona que pretende difamarme con su publicación? —me espetó de pronto.

—Antes de comprometerme a nada —dije—, deseo conocer todos los detalles del caso, mistress Dwiss.

—Hay algunos —confesó, un tanto inquieta—, que no debe conocer nadie.

—¿Se refiere usted al contenido de los documentos?

—Ciertamente.

—Por ese lado, puede quedar tranquila, mistress Dwiss. No examinaré los documentos, excepto para cerciorarme de que son los que busco. Sus... pecadillos, hablando con sinceridad, me tienen sin cuidado. Todos somos humanos, lo que significa frágiles y expuestos a flaquezas. Aunque llegase a conocer la totalidad del contenido de dichos documentos, puede tener la absoluta seguridad de que no haría mal uso de mis conocimientos.

Ella sonrió levemente.

—No me había engañado al juzgarle a usted, míster Jones.

—Muy amable —contesté—. Continúe hablando, mistress Dwiss.

—¿Entonces, acepta? ¿Cuáles serán sus honorarios?

—Espere un momento. Para recuperar esos documentos, ¿he de cometer algún acto reprobado por la Ley?

Hester Dwiss vaciló perceptiblemente. Mordióse el labio inferior y, al fin, contestó:

—Estrictamente, no, míster Jones, aunque es muy posible que le sea preciso intimidar a la persona que los posee en la actualidad.

Estudí con detenimiento el bello rostro de Hester Dwiss. Era una mujer de mundo, serena y dueña de sí misma, pero en aquellos momentos, estaba sujeta a una tensión interior que se manifestaba en las rápidas chupadas que daba a su pitillo.

—Así que es un chantaje —dije.

Ella se enderezó en el sillón. Su pecho se marcó con rotundas curvas.

—Digámoslo así —admitió, con voz un tanto estridente.

—No hay nada que más desprecie que a los chantajistas —contesté—. Está bien, si solo se trata de recuperar esos documentos, puede contar conmigo. ¿Quién es el sujeto?

—Se trata de una mujer: Linda Lane. Vive en England Circus, 67. Apartamento 9 F.

—Una mujer, ¿eh? —rezongué—. Apparently, eso hace las cosas más fáciles.

—¿Por qué dice aparentemente? —quiso saber Hester Dwiss.

—Según para qué cosas, resulta más difícil tratar con una mujer. No se puede empezar a golpes con ella como lo haría con un hombre, compéndalo.

—Pero también puede asustarla solo con las amenazas de que lo hará —arguyó mi visitante.

—Es posible —concordé, no muy convencido. Algunas mujeres son más correosas que la mayoría de los hombres.

—Bien —dijo Hester Dwiss—. ¿Cuáles han de ser sus honorarios? —abrió el bolso y permaneció en actitud expectante.

—¿Cuánto le han pedido por la no publicación de esos documentos? —preguntó, audazmente.

—Nada, míster Jones.

Abrí la boca, estupefacto.

—¿Cómo es posible semejante cosa? —pregunté.

—Bueno... —Hester Dwiss vaciló unos segundos—. Ellos... ella, me devolverá los documentos, si yo cumplo determinadas

condiciones, condiciones que, obvio es decirlo, no me agrada cumplir en absoluto. Eso es todo.

—De modo que la chantajista —pasé por alto la palabra «ellos» que mistress Dwiss había pronunciado y que, obviamente, se refería a más de una persona, aparte de Linda Lane—, no quiere dinero, sino, solamente forzarla a hacer algo que está en pugna con sus convicciones o, mejor dicho, con sus deseos.

—Así es, míster Jones.

—Pero, supongo, dichos documentos deben tener, para usted un enorme valor.

—Lo tienen, en efecto.

—Si le pidieran dinero, ¿cuánto pagaría usted por ellos?

—No lo sé —reconoció Hester Dwiss con simpática franqueza—. Por otro lado, no podría pagar más allá de algunos miles de dólares. Ocho, diez mil tal vez, pero nunca una suma superior.

—Bien —dije—. De momento, me entregará doscientos cincuenta. Si rescato ese documento, me dará otro tanto, aparte de la nota de gastos, se da por entendido.

El rostro de Hester Dwiss expresó una viva satisfacción.

—Venía dispuesta a pagarle mucho más, míster Jones —declaró—. Le daré los quinientos ahora mismo —y empezó a contar los billetes.

Una cosa me extrañó: eran nuevos y flamantes... y de a cien dólares cada uno.

Mi visitante se puso en pie, alisándose la falda con gesto maquinal.

—Un momento —dije—. En caso necesario, ¿cuándo y dónde he de verla, mistress Dwiss?

—No se preocupe. Yo le llamaré a usted dentro de un par de días. ¿Le parece bien?

Evidentemente, no quería darme su dirección. Bueno, no tenía demasiada importancia.

—La última pregunta —dije.

—¿Sí, míster Jones?

—¿Conoce usted personalmente a Linda Lane? Descríbame, por favor.

—Es rubia, muy vistosa, tiene ojos azules y cuenta unos veintisiete años de edad. Soltera.

—¡Hum! —rezongué—. Esa descripción corresponde a millones de muchachas americanas.

—Es la que mejor le cuadra —sonrió Hester Dwiss. Me tendió su mano, finamente enguantada en piel de Suecia—. He tenido un gran placer. Adiós, míster Jones.

Al quedarme solo, examiné los billetes detenidamente. Permanecí en tal postura, inmóvil, durante casi cinco minutos.

Una súbita inspiración me acometió de pronto. Todavía tenía en casa, intacto, el fajo de billetes de a cien dólares que me entregó Farrar días atrás, ya que todos los gastos que había hecho hasta entonces habían corrido a cargo de mi cuenta corriente.

El apartamento, como muchos que se construyen hoy día, disponía de una pequeña caja de caudales para que los inquilinos pudieran guardar en ella sus joyas y objetos de valor. Eché a un lado el cuadro que la ocultaba (reproducción de una de las «Escenas vaqueras», de Frederic Remington) y abrí la caja.

Extraje el fajo de billetes. Compulsé la numeración. El primer billete tenía el número de serie 2C-7.815.201. Por tanto, el último del fajo era el 2C-7.815.300.

El número del primer billete de los que me había dado Hester Dwiss era el 2C-7.815.301.

¿Qué relación tenía Chester K. Farrar con la hermosa Hester Dwiss?

## CAPÍTULO VII

ENGLAND CIRCUS había sido antaño, en Sparrel City, una gran plaza de edificios residenciales, propiedad de las personas adineradas de la localidad, pero que, con el transcurso del tiempo y el inevitable progreso de la ciudad, había perdido buena parte de su aspecto aristocrático y distinguido.

Ahora, la mayor parte de los edificios tipo mansión habían sido sustituidos por construcciones de elevado número de pisos, destinadas al alquiler de apartamentos. Era natural que los propietarios de los solares hubieran vendido sus residencias para obtener un saneado ingreso, con cuyo importe, la mayoría, se habían construido otros chalets y bungalows en sitios más alejados y pintorescos.

El número 67 correspondía a una casa de doce pisos, moderna, pero ya algo pasada de moda. Crucé el portal y me dirigí al ascensor, el cual me llevó directamente hasta la novena planta.

Salí al corredor y busqué la letra F. Deliberadamente, había querido esperar hasta la noche, a fin de hacerme menos visible y también para aprovechar la sorpresa. Tenía la confianza de que Linda Lane se mostraría mucho más asequible si la visitaba a una hora un tanto desacostumbrada; incluso, con un poco de suerte, podía sorprenderla durmiendo y, en tales condiciones, su capacidad de reacción quedaría notablemente disminuida.

Apoyé el dedo en el llamador. Al otro lado, sonaron dos graves campanadas, de sonos musicales.

Esperé un minuto largo y volví a llamar. Fruncí el ceño. ¿Había salido quizá a la calle?

Mi tercera llamada obtuvo el mismo resultado que las anteriores. Entonces, me decidí a entrar. Si ella estaba fuera, mejor que mejor para mí.

Tenía en el bolsillo unas cuantas llaves falsas. Sin embargo, se me ocurrió usar el pomo, advirtiéndome, con gran sorpresa, que la puerta no estaba cerrada con llave.

Esto me intrigó no poco. Entré con infinito cuidado, procurando no hacer el menor ruido. El vestíbulo, amueblado de la forma uniforme y carente de originalidad con que se amueblan los apartamentos que se alquilan en serie, estaba solamente iluminado por una lámpara de una sola luz, situada en un rincón. Era una lámpara construida para el discreto en un diván, por lo que la luz no era demasiado acentuada.

No había rastros de la inquilina del apartamento. El silencio era absoluto.

Antes de empezar el registro, sin embargo, quise examinar la vivienda, a fin de no sufrir sorpresas desagradables en un momento dado. Pasé a la habitación contigua, un pequeño comedorcito, al otro lado del cual había una puerta que conducía a la cocina y al baño. A la derecha divisé una puerta, que supuse daba al dormitorio.

Abrí esta. Entonces fue cuando divisé a Linda Lane.

En el primer momento, la creí dormida. Estaba tendida sobre el lecho, vestida solamente con un camisón de reveladora transparencia. Tenía la mano derecha sobre el seno del mismo lado, pero las personas no acostumbra a dormir con los ojos desmesuradamente abiertos.

Entre los dedos de su mano divisé un pequeño orificio negruzco y unos regueros del mismo color, ya secos. Comprendí que ya no podría hablar con Linda Lane. Mejor dicho; ella no podría hablar ya con nadie.

Me acerqué al lecho. El orificio era pequeño y había salido muy poca sangre. Posiblemente, le habían disparado con un arma calibre 32; en todo caso, la mayor parte de la hemorragia se había producido en el interior del organismo. Por supuesto, la muerte había sido instantánea; el asesino gozaba de una excelente puntería y el proyectil había interesado directamente el corazón.

Contemplé el rostro de la difunta durante unos momentos. Me

pareció que la había visto en alguna parte antes de aquel momento. Fruncí el ceño, tratando de concentrarme en la tarea de recordar.

Bruscamente, una chispa de luz brotó en mi cerebro. Tan fuerte resultó el impacto que no pude por menos de agitar los dedos, con seco chasquido.

¡Linda Lane era la secretaria que había escuchado la conversación sostenida entre Farrar y yo, el día en que este me llamó a su despacho!

No había la menor duda; se trataba de aquella espectacular secretaria que había tratado en todo momento de llamar mi atención sobre sus innegables encantos anatómicos. Y, como es de suponer, la pregunta siguiente surgió por sí sola: ¿quién era él asesino?

De repente, me di cuenta de un detalle un tanto extraño. La luz del dormitorio estaba encendida.

No era la lámpara de la cabecera de la cama, sino la del techo la que estaba encendida. Me imaginé al asesino disparando contra Linda Lane y luego apagando todas las luces, antes de salir. Pero si la del dormitorio estaba encendida, ¿quién había entrado en el apartamento después de cometido el crimen?

¿O acaso mis cálculos estaban equivocados y el asesino, sorprendido por mi inesperada llegada, estaba escondido en algún rincón de la casa?

Un frío repentino me corrió de la nuca a los pies. Por un momento, me figuré al asesino acechando en las sombras, con la pistola en la mano, dispuesto a liquidarme en el momento más propicio.

Por unos instantes, dejé incluso de respirar. De pronto, oí un pequeño ruido en la parte de afuera del dormitorio.

Salí a la carrera y crucé el comedor en dos zancadas, alcanzando el vestíbulo. Pude darme cuenta que la lámpara que momentos antes estaba encendida, había sido apagada por el hombre cuya silueta pude entrever apenas en la oscuridad, dirigiéndose hacia la puerta de salida.

—Alto —dije en voz no muy fuerte—. Párese o...

Mientras pronunciaba las anteriores palabras, pude darme cuenta de que el sujeto no iba a hacer el menor caso de mi intimación. Por otra parte, la luz era insuficiente para disparar, así

que no me quedaba otro remedio que arrojarme sobre él y tratar de reducirlo por la fuerza para evitar su fuga.

Le alcancé cuando ya tenía el pomo de la puerta a unos centímetros de su mano, extendida. Agarrándole por los hombros, tiré de él hacia atrás con todas mis fuerzas.

El hombre me golpeó el estómago con el codo, sin volver la cara, dejándome sin respiración. Pero no por ello le solté del todo; sin dejar de sujetarle con la mano izquierda, le asesté mi terrible puñetazo detrás de la nuca.

Era un sujeto excepcionalmente robusto; otro, hubiera caído fulminado en el acto. Él se limitó a lanzar un gruñido y, girando en redondo, me asestó un terrible puñetazo que, de haberme alcanzado en la mandíbula, me habría dejado fuera de combate en el acto.

Afortunadamente, pude ladear la cabeza, aunque no evitar el golpe totalmente, que me alcanzó en el hombro, haciéndome dar dos vueltas como si fuese un trompo. Caí sobre un sillón, pero me recuperé en el acto, arrojándome de nuevo sobre el individuo.

Él, disparó su puño izquierdo. Le vi claramente las intenciones; amagaba para golpearme con el derecho. Dejé que el puño me tocara en el hombro derecho, pero ya le disparaba yo un terrorífico golpe de izquierda que le alcanzó en un pómulo, arrancándole un gruñido de dolor.

El tipo vaciló. Me lancé de nuevo a la carga. De repente, creí que me atravesaban el bajo vientre con una espada al rojo vivo.

Empecé a ver muchas estrellas, a la vez que notaba mis piernas invadidas por una enorme debilidad. Otro golpe de devastadores efectos me alcanzó en un lado de la cara.

Alargué las manos, buscando un asidero para evitar la caída que ya era irremediable. Me pareció escuchar ruido de tela al rasgarse, pero el siguiente golpe me envió en el acto al país de los sueños.

\* \* \*

Mi desvanecimiento no duró, sin embargo, un tiempo indefinido; calculé que no pasaron diez minutos sin que me sentara en el suelo, con las tripas retorcidas y todo un lado de la cara lleno de dolor.

Me toqué la mandíbula. Luego me pasé la lengua por dentro de

las encías. Al menos, la dentadura parecía en buen estado. El dolor se me pasaría relativamente pronto, pensé. La decepción que sentía, ya era otra cosa.

Permanecí todavía unos momentos sentado en el suelo, hasta, que me sentí con los ánimos suficientes para ponerme en pie. Lo hice, dándome cuenta de que todo seguía igual, que no se oía el menor ruido y que no parecía que nadie tuviera intenciones de acudir en aquellos instantes al apartamento.

Inspiré un par de veces. Luego, busqué el interruptor; a fin de cuentas, era preciso registrar la casa en busca de los documentos que tanto interesaban a la atractiva Hester Dwiss. Entonces vi algo que brillaba en el suelo.

Era una pitillera. Imaginé que se le había caído al asesino durante la lucha. Recordé que al caer yo, me había agarrado a sus ropas y que parte de ellas se habían rasgado. Con las prisas por huir, no se había percatado de la pérdida de la pitillera.

La recogí del suelo. Era de oro y tenía dos iniciales en uno de sus ángulos. Las iniciales estaban hechas en diamantes, pero a mí me parecieron letras de fuego.

El registro resultó totalmente infructuoso.

\* \* \*

A la mañana siguiente, estaba en el antedespacho de Farrar.

Linda Lane había sido sustituida por una pizpireta morenita, que me pareció de aspecto más decoroso y honesto que su antecesora en el cargo.

—¿Señor? —dijo, al acercarme a ella.

—Quiero ver a Farrar —dije, bruscamente.

La morenita parpadeó.

—¿Tiene concertada una cita, señor? —inquirió.

—Sí, claro.

La secretaria consultó su agenda.

—Su nombre, por favor.

Le di el primero que me acudió a la mente.

—Morris.

—¿Morris? —repitió la chica—. Lo siento, no veo su nombre por ninguna parte.

—Comunique al señor Farrar que represento a la Oficina de Objetos Perdidos —manifesté con desenvoltura—. Vamos, pronto, preciosa; o entraré sin más trámites.

Desconcertada, la chica hizo lo que le decía. Unos segundos después, escuchaba el vozarrón de Farrar a través del interfono:

—Dígale a ese caballero que se entienda con míster Pershing para lo que sea, Jenny; en estos momentos estoy muy ocupado y no puedo...

Pasé una pierna por encima de la barandilla que me separaba del escritorio de la secretaria y me inclinó sobre el interfono.

—Míster Farrar, vengo a traerle una pitillera de oro, con sus iniciales en diamantes, que perdió usted anoche, alrededor de las diez y media.

Jenny estaba estupefacta. La voz de Farrar sonó ahora con matices mucho más conciliadores.

—Está bien... míster Morris, pase usted.

Guiñé el ojo a la chica, cuya boca continuaba formando una «O» preciosa. Luego, di unos pasos y abrí la puerta que daba al *sancta sanctorum* de Farrar.

## CAPÍTULO VIII

AVANCÉ hacia el portaaviones que servía a Farrar de mesa de despacho. Los ojos del financiero estaban fijos en mí, pero yo solo podía mirar a Lillian en aquellos instantes.

La muchacha me devoraba a mí, también con la mirada. Estaba muy seria y permanecía erguida, casi rígida, apoyada en el escritorio.

—Buenos días —saludé, cortésmente.

—Hola, Jones —contestó Farrar. Su pómulos derecho tenía un magnífico color violáceo—. ¿Qué le trae por aquí?

—Deseo hablar con usted, pero a solas —dije, mirando a Lillian con gesto significativo.

Ella recogió su bolso.

—Muy bien, les dejo solos. Hasta luego, papá.

No me dijo adiós a mí, ni yo me volví siquiera a mirarla. Permanecí en silencio hasta que escuché el ruido de la puerta al cerrarse a mis espaldas.

Entonces saqué la pitillera y la arrojé sobre la mesa.

—Se le cayó anoche en el número sesenta y siete de England Circus, Farrar.

El hombre la tomó con gesto inexpresivo.

—Sí —dijo.

Arrojé otra cosa sobre el tablero.

—Esto no se le cayó, pero se lo devuelvo también. Hay nueve mil cuatrocientos dólares. Doscientos veinte corresponden a los víveres que compré para mantenernos Lillian y yo, mientras estuviésemos en la cabaña de Temple Lake. Estimo que el resto,

hasta seiscientos, corresponde a mis honorarios.

—¿Por qué no acepta esa suma? —preguntó Farrar, desconcertado.

—Porque solo tomo el dinero que me gano con mi esfuerzo. No me gustan las limosnas.

Farrar apretó los labios.

—El encargo que le di, valía diez mil dólares y mucho más —dijo.

—Para usted, acaso sí; para mí, no, en absoluto. Y ahora, por favor, ¿quiere examinar la numeración del último billete de ese fajo? Me refiero al que está, en la parte inferior. Hágalo y luego compárelo con este —le lancé sobre la mesa uno de los que me había entregado Hester Dwiss el día anterior.

Chester Farrar era hombre acostumbrado a todo género de sorpresas, pero aquella era excesiva. No pudo evitar ponerse en pie y mirarme con ojos llameantes.

—¿Quién le entregó este billete? —rugió.

—Una atractiva dama de unos treinta y cinco años de edad, llamada Hester Dwiss —contesté, poniéndome un cigarrillo en la boca.

—¿Mistress Dwiss?

—Justamente —inhalé la primera bocanada de humo.

—¿Por qué?

—Para que le encontrase unos documentos que la interesan sobremanera —recobré el billete y volví a guardármelo—. En lugar de los documentos, encontré primero un cadáver y luego al autor del asesinato.

—¡Yo no he sido! —tronó Farrar—. ¡Linda Lane estaba ya muerta cuando yo llegué a su apartamento! ¡Precisamente buscaba lo mismo que usted, aunque no se lo crea, Jones!

Farrar era sincero; no me cabía la menor duda. Sin embargo, decidí apretarle un poco más las clavijas.

—¿Espera que me crea esa estupidez? —dije, irónicamente—. Da la casualidad de que Linda Lane era la fulana a quien usted despidió por consejo mío. ¿Qué sabía ella de usted, que necesitó liquidarla, a fin de cerrarle la boca por el medio más expeditivo y eficaz?

El puño de Farrar golpeó la mesa.

—Le digo que no fui yo, Jones. Estaba ya muerta cuando llegué.

—Vamos, vamos, a otro can con ese hueso. La policía de Sparrel City podría aceptar esa fábula, pero no yo, que estoy en el meollo del asunto. ¿Me equivoco al suponer que en esos documentos, se citaba también su nombre en relación con la encantadora mistress Hester Dwiss? ¿Acaso teme las represalias de un marido celoso, Farrar?

—Hester es viuda —declaró Farrar, hoscamente...

—Entonces, si fue usted personalmente a recobrar esos documentos, ¿por qué me lo encargó ella a mí?

—Lo hizo sin consultarme —declaró Farrar, hoscamente—. Fue una coincidencia, eso es todo.

—¿Y quién le proporcionó esos documentos a Linda Lane?

—¡Yo qué sé! Los tenía ella, no puedo decirle más, Jones.

—¿Y no pedía dinero por su rescate? Farrar, ¿es que me ha tomado por idiota? Solo vi a Linda Lane una vez: cuando estuve aquí, llamado por usted. Entonces, me formé de ella una opinión, que su muerte ha ratificado. Era una individua ávida de dinero. Me pareció del tipo de las que se vuelven locas por los hombres... siempre que tengan la cartera bien repleta. Y usted temió que, aunque le pagase la exorbitante suma que, sin duda, debió exigirle, hubiera sacado una copia fotográfica de los documentos, para chantajearle dentro de algún tiempo, cuando hubiese gastado alegremente el dinero recibido. ¿No es cierto lo que estoy diciendo?

—¡Infiernos, no! —vociferó Farrar, fuera de sí—. Linda no quería dinero. Solo quería...

Apretó los labios, como dando a entender que no añadiría una sola palabra más sobre el asunto.

—Eso es todo, Jones —añadió, después de una profunda inspiración—. Y ahora, lárguese; tengo mucho trabajo y usted me está haciendo perder el tiempo estúpidamente.

—No tanto —contradije—. Recuerde que hay un cadáver por medio.

—Es igual —señaló el teléfono—. Llame a la policía si le parece bien. Puesto que usted insiste tanto en que soy el asesino de Linda Lane, hágalo; cumplirá con su deber de ciudadano.

Moví la cabeza, lentamente.

—Ya me imagino que usted no fue. Solo quería sonsacarle un poco, Farrar.

—Pues, no ha conseguido nada —gruñó.

—Es posible —dije, con sonrisa divertida—. De todas formas, tratar con usted, es siempre una experiencia fascinadora. Y no digamos sostener un *match* de boxeo. Tiene usted unos puños magníficos, amigo.

—Puedo derrotarle siempre que me apetezca, Jones —se ufano el padre de Lillian.

—Quizá un día se lo recuerde. Ahora...

Extraje del bolsillo los cinco billetes de a cien que me había entregado Hester Dwiss. Separé uno y lancé los cuatro restantes sobre la mesa.

—Al parecer, subviene usted a las necesidades de una dama tan hermosa —dije, mordazmente—. Como ignoro su domicilio y, por otra parte, tampoco me interesa gran cosa averiguarlo, díglele, cuando la vea, que nuestro trato queda cancelado y que me quedo cien dólares como honorarios por el trabajo de anoche. Adiós, Farrar.

Giré sobre mis tacones y salí de la estancia. El padre de Lillian no dijo ni pío.

Cuando llegué a mi coche, vi que Lillian estaba sentada en el interior, junto al asiento del chófer. Vacilé un momento, pero acabé sentándome tras el volante.

—Deseo hablar contigo, Bill —dijo, mientras ponía el auto en marcha.

—Yo, no —contesté, bruscamente, saliendo al centro de la calzada.

—Tu actitud es completamente irrazonable, Bill —manifestó la joven, con acento harto comedido—. Pareces un chiquillo mal educado, que se ha obstinado en una cosa y no quiere variar de opinión, por más que le insistan.

—Bueno, ¿y qué? Estamos en un país libre y puedo pensar y actuar como me dé la gana, siempre que no haga daño a un tercero.

—¿Y tú crees que no estás haciendo ese daño? —preguntó Lillian, de sopetón.

—¿A quién se lo causo? —exclamé, sarcásticamente.

—A mí.

Guardé silencio durante un momento. Luego, dije:

—No veo que te haga ningún daño, Lillian.

—Sí, porque yo te quiero y tú me quieres también. Y, sin embargo, te obstinas en sostener todo lo contrario, Bill. ¿Por qué?

—Eso es cuenta mía —repuse, hoscamente.

—Y mía —exclamó ella, con vehemencia—. Dijiste que era la única mujer con la cual no te casarías. ¿Por qué? Tengo derecho a saberlo, ¿no crees? Y no me digas que es por mi dinero, porque sé que esa no es la causa. Vamos, Bill, habla claramente de una vez.

—Mira, Lillian, no me des más la lata. Lo mejor que puedes hacer es decirme dónde quieres que te deje y luego, ¡la del humo! ¿Está claro?

La chica se mordió los labios, conteniendo difícilmente las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

—Ya sé lo que piensas de mí —manifestó con acento dolorido—. Crees que soy una muchacha educada en un ambiente de riqueza y de lujo, a la cual no se ha negado jamás ningún capricho, por caro o extravagante que pudiera parecer. Y temes que si te casas conmigo, llegue a cansarme de ti al cabo de un tiempo, ¿no es así?

—Esa podría ser una razón, pero no la principal, en modo alguno, Lillian.

—Entonces, ¡por el amor de Dios! —clamó ella—. Habla de una vez, Bill. Dime lo que sea y luego, si sigues pensando de la misma manera, vete; pero no me tengas en esa incertidumbre. Habla, te lo ruego...

En aquel momento, un semáforo viró a rojo. Frené el coche, lo mismo que otros que corrían en la misma dirección.

Bruscamente, se abrió la portezuela y un sujeto penetró en el automóvil.

## CAPÍTULO IX

EL tipo se sentó en el asiento posterior. Me volví hacia él, con la intención de protestar por aquella repentina intromisión, pero el tipo me enseñó una pistola de descomunal aspecto, escondida a medias bajo una revista que sostenía con la otra mano.

—No griten, no hagan ninguno de los dos el menor gesto raro —advirtió en tono frío y desapasionado—. Si lo hacen como les digo, podrán continuar vivos. Y si piensan que estoy mintiendo, prueben a desobedecer mis instrucciones.

Hizo una pausa.

—La chica será la primera que caiga. ¿Está claro?

Volví los ojos hacia Lillian. Estaba pálida, aunque no vi en ella signos de temor.

—O.K., hermano —contesté en tono aprobatorio—. ¿Qué he de hacer ahora?

—El disco está ya en verde. Siga adelante; ya le indicaré los cambios de dirección cuando sea preciso.

Estábamos en la Avenida Saratoga. Rodé por ella durante cinco minutos más, al cabo de los cuales, el sujeto me indicó que torciera a la derecha, pasando así a East Oak Road.

—Continúe como hasta ahora —ordenó.

El silencio dentro del coche era total. No comprendía en absoluto las razones del sujeto, ni los motivos por los cuales nos hacía ir por donde, evidentemente, no nos gustaba a ninguno de los dos. Pero en aquellos momentos, era él quien tenía la sartén por el mango y resultaba preciso obedecerle.

De pronto, al levantar la vista, observé a través del retrovisor,

que nos seguía un coche negro. El pistolero captó mi gesto.

—Exacto, amigo —dijo—. Son los refuerzos, por si se le ocurre hacer tonterías.

No me cabía ya la menor duda de que habíamos caído en una trampa. Empecé a sospechar de «El Zorro». ¿Perteneecía el pistolero a su pandilla?

East Oak Road termina donde empieza la carretera estatal número 25. Pasamos por delante de dos patrulleros motoristas, los cuales estaban tomando, plácidamente, el sol de finales de abril, sin que se me ocurriera hacer el menor gesto, temeroso, no por mí, sino por Lillian. Una risita de tonos bajos resonó entonces a mis espaldas.

—Así, muy bien —dijo el hampón.

El otro coche continuaba pegado a mis talones. Durante quince minutos, o más, rodamos por la autopista. De pronto, el hampón me dijo:

—A la derecha, Jones.

Hice girar el volante, adentrando el vehículo por un caminito flanqueado de árboles y malezas y que, evidentemente, era muy poco usado.

El camino serpenteaba, ascendiendo por las romas colinas que corren a lo largo de la autopista. Al cabo de diez minutos de marcha, alcanzamos el punto más alto, después de lo cual, iniciamos el descenso.

Entonces divisé una vasta planicie, en cuyo centro, casi a una milla de nosotros, aparecía la mancha clara de una casa solitaria, casi completamente rodeada de árboles. Al otro lado del edificio, a unos doscientos metros más allá, vi brillar las aguas de algo que me pareció un estanque de buenas dimensiones, pero no se trataba de una piscina de recreo, sino, más bien, de un conjunto de aguas estancadas, sin circulación.

Poco después, detenía el coche frente a la casa, vieja y mal cuidada. Era de dos pisos, y en muchos sitios de la fachada faltaba el revoque. Incluso pude ver una ventana colgando de los goznes. La impresión que recibí fue que se trataba de una residencia que hacía mucho tiempo no se usaba.

Como fuera, las circunstancias no tenían nada de agradables para nosotros. Estábamos completamente solos en la llanura, sin

ningún centro habitado en bastantes millas a la redonda. Francamente, era para pensar muy mal acerca de nuestro futuro.

Al mismo tiempo que detenía el coche, el otro se paraba también. Se abrieron sus portezuelas y tres sujetos de muy mala catadura, dos de los cuales empuñaban sendas pistolas, saltaron al suelo rápidamente, rodeándonos en cuestión de segundos.

—¡Bravo, Hutt! —gritó uno de ellos—. Lo has hecho estupendamente.

Hutt trató de mostrarse modesto.

—Ya os dije que, a poco que nos ayudase la suerte, sería cosa fácil —contestó. Luego emitió una orden seca, tajante—: ¡Bájense!

Lillian y yo abandonamos el coche, cada uno por nuestro lado. Al hacerlo, pude ver que el cuarto individuo era el enano a quien yo había golpeado en dos ocasiones.

El menudo pistolero estaba loco de rabia. Se dirigió hacia mí y, antes de que los otros pudieran impedirselo, levantó el pie derecho, a la vez que emitía una obscena interjección.

—¡Hijo de perra! ¡Ahora voy a...!

Naturalmente, yo no estaba dispuesto a consentir que me golpearan impunemente. En el momento en que el fulano se disponía a patearme la ingle, me incliné y le agarré el tobillo con ambas manos.

Luego pegué un terrible tirón hacia arriba. El resultado fue que el enano dio una enorme voltereta en el aire y cayó al suelo de bruces, completamente de plano. Hizo «¡plaf!» y se quedó quieto unos segundos, aturdido por la violencia de la caída.

Algo duro me golpeó, repentinamente, detrás de la oreja. Oí gritar a Lillian a la vez que caía de rodillas, terriblemente aturdido y con la cabeza llena de ruidos atronadores. Tuve necesidad de apoyarme en el suelo con ambas manos para no rodar por el polvo.

Vagamente, a través de un confuso velo de dolor, divisé al enano que se ponía en pie, con los ojos en llamas. Se acercó nuevamente hacia mí con ánimo de asestarme el puntapié que antes había fallado, pero se le interpuso uno de sus compinches.

—¡Quieto, Dickie! —ordenó perentoriamente—. Lo que te ha pasado, te lo tienes bien merecido. El jefe dio órdenes de que no los tocásemos, a menos que fuese estrictamente necesario, y el detective se mantenía quieto. ¿Está claro?

—¡Maldita sea! —chilló el sujeto—. ¡Ese bastardo...!

—¡Oh, cierra ya el pico, Dickie! —exclamó el otro pandillero en tono de hastío—. Espera a que venga el jefe y entonces, si él te lo permite, podrás desquitarte. Tú, Bowles —se dirigió a otro de los hampones—, vuelve a la ciudad y dile al jefe que los pájaros ya están en la jaula.

—O.K., Marty.

Una mano me tocó en el hombro.

—Arriba, fisgón.

Hice un esfuerzo y me puse en pie, todavía aturdido por la violencia del golpe propinado, seguramente, con el cañón de una pistola. Lillian se acercó a mí y, aunque cojeaba todavía, me cogió por el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio.

—Caminen —ordenó alguien.

Echamos a andar. A los pocos pasos, ya me sentí algo mejor, aunque las perspectivas acerca de nuestro porvenir no tenían nada de agradables. Entramos en la casa, un edificio que olía a moho y a humedad por los cuatro costados, y nos hicieron bajar a un sótano polvoriento y con telarañas, en el que solo había, como muebles, dos o tres cajones vacíos.

Uno de los hampones trajo una vela. La encendió y, después de apoyarla sobre un cajón, se alejó. La puerta, al menos, parecía en buen estado. Segundos después, se cerraba, dejándonos a Lillian y a mí completamente solos.

Pasaron algunos minutos antes de que ninguno de los dos acertáramos a reaccionar. Al fin, me palpé los bolsillos del traje, hallando que los pandilleros me habían respetado el tabaco y las cerillas.

Encendí dos cigarrillos y pasé uno a Lillian. La chica aspiró el humo, nerviosamente, un par de veces. Luego, me miró:

—Bill, ¿qué es lo que van a hacer estos sujetos con nosotros?

—En cuanto a mí, la cosa se supone con facilidad: van a tratar de eliminarme. Pero tú les eres mucho más útil viva que muerta. Tu padre tiene dinero.

Lillian se mordió los labios.

—Lo cual significa que pedirán un rescate por mí.

—Ni más ni menos.

Callamos de nuevo. Lillian tiró el cigarrillo al suelo, lo pisoteó y

luego, levantándose del cajón donde se había sentado, se me acercó, poniéndome las manos sobre los hombros, a la vez que me miraba con dulzura infinita.

—Bill, grandísimo terco —dijo—, no sé qué va a pasar dentro de poco, pero quiero que sepas que, sea lo que sea, te amo con locura. Esto no es un *flirt* ni un devaneo...

—¡Tonterías! —bufé.

—...Ni deseos de agregar tu cabellera a mi cinturón —prosiguió ella, sin hacer caso de mi interrupción. Suspiró un momento, dilatando, al hacerlo, su busto juvenil y espléndidamente contorneado—. Toda mujer encuentra, una vez en su vida, al hombre por el cual cometería las más disparatadas locuras; el hombre por el cual haría cualquier cosa, ¡fíjate bien en lo que te digo, Bill: cualquier cosa!, y ese hombre, para mí, eres tú —se mordió los labios, a la vez que sus ojos se nublaban—. Si te pasa... algo, no sé qué será de mí —concluyó con un gemido, apoyando la cabeza en mi pecho.

Sentí unos deseos locos de besarla, de acariciar sus cabellos, de consolarla con palabras suaves y cariñosas, pero pude contenerme, no sin grandes esfuerzos.

Me separé de ella y repetí:

—¡Tonterías, Lillian! La situación te hace proferir palabras de las que te reirás más adelante, cuando todo haya pasado.

—¡Pero si es verdad! —clamó ella.

—Escucha —dije, apuntándola con un dedo—, tu padre cuenta los millones casi como yo cuento los dólares. Me jugaría el cuello a que, si nos casáramos, dentro de un año estabas de mí hasta la coronilla... esto por un lado; por otro, tenemos que no me gustaría ser el juguete o el animal de lujo de una rica heredera y, por último y más principal, que no te quiero.

—Oh, Bill, Bill, no digas, eso —exclamó en tono suplicante—. Tú me besaste...

—Bueno —dije con indiferencia—, siempre agrada besar a una chica hermosa y tú, hay que reconocerlo, eres mucho más hermosa que el común de las mujeres.

El genio vivo que Lillian poseía, salió de nuevo a la superficie al escuchar aquellas palabras. Sus ojos despidieron dardos de ira.

—¿Ah, sí? Con que solo me besaste porque soy una chica guapa,

¿eh? Pues, ¿sabes lo que hacen las chicas bonitas cuando las besan sin permiso? ¡Esto, miserable!

Y me soltó la más hermosa bofetada que he recibido en los días de mi vida.

Pero luego reaccionó en sentido inverso y se fue a un rincón a llorar amargamente, con el rostro escondido entre las manos.

Maldije entre dientes, mientras volvía a encender un nuevo cigarrillo. ¿Por qué habrá de ser tan complicada la vida, demonios?

Ya no hablamos mientras duró nuestro encierro, y eso que duró bastantes horas. Al cabo de un gran espacio de tiempo, la puerta se abrió bruscamente y un par de pandilleros, armados con sendas pistolas, aparecieron en el umbral.

—Salgan —ordenó uno de ellos, llamado Marty.

## CAPÍTULO X

LOS pistoleros nos vigilaban atentamente, de modo que no había posibilidad alguna de reacción. Lillian pasó delante de mí y yo la seguí a continuación, sintiendo en mis costillas el contacto de una de las pistolas.

Ascendimos por la escalera, llegando al rellano superior. Hutt, el sujeto que nos había intimidado en el coche, señaló con la mano una puerta situada en el extremo opuesto.

—Por allí —señaló con la mano, con gesto avinagrado.

Caminamos hacia la puerta. Al atravesarla, nos encontramos en una habitación algo más limpia que lo que habíamos visto hasta entonces. Estaba amueblada con un viejo lecho, varias sillas y una mesa, sobre la cual había una jarra con agua y un par de vasos, así como una botella de whisky. Sentado al otro lado estaba Lee Leaven, jugando distraídamente con un mazo de cartas.

Al vernos entrar, emitió una sonrisa de satisfacción.

—¡Qué encuentro tan agradable! —exclamó, untuosamente—. ¿Qué tal estás, Lili?

Los ojos de la muchacha despidieron llamas.

—Así que era verdad lo que me decían de ti —exclamó—. Y yo, tonta y estúpida de mí, no quería creerlo... ¿Es ese el trato que me merezco, después de la confianza que te otorgué, Lee?

El rufián se encogió de hombros.

—Querida, no siempre salen las cosas a gusto de uno. A veces, surge un entremetido —me dirigió una mirada cargada de veneno—, que viene a estropearlo todo, cuando la cosa estaba a punto de terminar satisfactoriamente.

—¿A qué llamas tú satisfactoriamente, cerdo? —le apostrofó Lillian. Súbitamente, antes de que nadie pudiera adivinar sus intenciones, saltó hacia la mesa y, agarrando la jarra, le lanzó a la cara su contenido.

Leaven se puso en pie, bramando mil invectivas, casi completamente empapado de agua. Pero la chica no había terminado todavía. Volvió a levantar la mano y le rompió la jarra en lo alto de la cabeza.

Los aullidos de Leaven aumentaron; alguno de los trozos de vidrio debía haberle hecho algún corte en el cuero cabelludo, porque vi correr la sangre, en el acto, por detrás de una de sus orejas. Hutt intentó contenerla, pero recibió un soberano puntapié en la espinilla, que le hizo retirarse a un lado a meditar, en medio de sonoros aullidos de dolor, acerca de la inconveniente moda que obliga a las mujeres a llevar zapatos con la puntera tan aguda como un puñal.

Aquello me divertía sobremanera y más porque Lillian parecía haberse convertido en un torbellino. Leaven chillaba en un tono agudo, en tanto que los bramidos de Hutt eran de un tono grave, casi de bajo. Los otros pandilleros juraban y renegaban, mientras trataban de reducir a la chica. Hubiera querido ayudarla, pero me sentía incapacitado para ello; apenas empezó el jaleo, Dickie, el enano del párpado perezoso, se colocó a mi lado, clavándome el caño de su pistola en el costado. Fue una lástima; verdaderamente, me habría gustado ayudarla.

Lillian se movía como una lagartija; resultaba punto menos que imposible apresarla. Agarró la botella de licor con una mano y con la otra, levantó la mesa y la volcó, con tremendo estrépito de vasos rotos contra el suelo. Al caer, el borde de la mesa golpeó uno de los pies de Leaven, cuyos alaridos y blasfemias alcanzaron una variedad increíble. Empecé a pensar en la conveniencia de sorprender a Dickie.

De pronto, el filo de una mano alcanzó a Lillian detrás de la oreja derecha. La botella cayó de sus manos, estrellándose contra el suelo. Ella empezó a caer también, pero dos fuertes brazos la sujetaron por detrás, sentándola inmediatamente en una silla, antes de que tocara el pavimento.

Luego vino el curar las lesiones y reparar los desperfectos

originados por la ciclónica actuación de la muchacha. Lillian abrió los ojos momentos después, y me lanzó una mirada de reproche.

—Esperaba que me hubieras ayudado —dijo, indignadísima.

Señalé con el pulgar a mis espaldas.

—Mira el perro de presa que me lo ha impedido —contesté.

—¡Silencio! —tronó Leaven, que estaba siendo atendido por uno de sus secuaces.

—A menos que me amordaces, no me callaré —gritó Lillian, desafiándole con la mirada.

—Muy bien —dijo Leaven—. Bowles, ponle un pañuelo en la boca.

Las protestas de Lillian cesaron. Entonces, cuando se hizo un silencio relativo, Leaven, quien mantenía un pañuelo apoyado sobre la parte superior y posterior de su cabeza, allí donde habían sido más sensibles los efectos del jarrazo, me miró furiosamente.

—Tengo que ajustar contigo algunas cuentas, fisgón —dijo.

—Bueno, aquí estoy —respondí—. No puedo evitarlo.

—En primer lugar, ¿dónde están los documentos? —preguntó.

Enarqué las cejas, fingiendo ignorancia.

—¿Qué documentos?

—¡No te hagas el desentendido! —tronó el rufián—. Demasiado sabes a qué me refiero. Los que buscabas en casa de Linda Lane. ¿O —añadió con perverso acento— es que ya lo has olvidado?

—Mi memoria es excelente —repuse—. Tanto como su *Intelligence Service* particular, Leaven. Pero no tengo esos documentos en mi poder, lo crea o no.

—Mira, fisgón, no me hagas perder la paciencia...

Levanté los hombros.

—Si piensa ordenar que sus hombres, me apliquen el tercer grado para sacarme lo que desea saber, ya puede empezar cuanto antes —le interrumpí—. No tengo esos documentos y es todo cuanto puedo decirle al respecto.

Leaven pareció impresionado. Miró a sus pandilleros uno por uno y luego volvió los ojos hacia Lillian.

—Quítenle la mordaza —gruñó.

La orden de «El Zorro» fue prestamente obedecida. Lillian le dirigió una furiosa mirada, pero supo contener la lengua oportunamente.

—¿Qué sabes tú de esos documentos, Lillian? —inquirió Leaven.

—Nada. Y, aunque lo supiera...

—¡Basta ya! —tronó Leaven, golpeando la mesa con fuerza—. Me imagino quién los tiene, así que pronto estarán en mi poder. Tú —volvió los ojos hacia mí— estás ya liquidado, fuera de la circulación para siempre. Y en cuanto a ti —se dirigió a la muchacha—, permanecerás prisionera hasta que tu padre se avenga a razones.

Entendí que querían mantener secuestrada a Lillian para obligar a su padre a hacer algo que este no deseaba en modo alguno.

—Me parece que se mete usted en mal terreno, Leaven —advertí—. Farrar es una potencia en Sparrel City.

—Desde luego —rio el granuja, con aires de gran satisfacción—. Pero no se trata de un secuestro vulgar y corriente, con el cual poder provocar la atención de todo el mundo y hacer intervenir a los federales. No, señor; Farrar mantendrá la boca cerrada, porque no le interesa el escándalo en modo alguno y bailará en la boca del infierno, si yo se lo pido. ¿Está claro?

—Para usted, quizá; para mí, no —contesté con desparpajo.

—Con lo que has oído tienes más que suficiente —hizo chasquear los dedos—: Marty, Hutt, ya sabéis lo que debéis hacer con el fisgón. En cuanto a la chica, se quedará aquí bajo vigilancia hasta que yo, en persona, ordene soltarla. ¿Está claro?

El cuartel de pandilleros asintió con gesto unánime. Entonces, los dos nombrados, me agarraron por los brazos y me sacaron en volandas, antes de que pudiera recapacitar sobre lo que querían hacer conmigo.

Oí gritar a Lillian, pero el sonido de su voz se extinguió bien pronto cuando la puerta se cerró. Luego, mis dos guardianes y yo, salimos al exterior de la casa.

Anochece ya. Aún podían distinguirse los detalles cercanos, pero a distancia, los objetos se confundían con el paisaje, sumido ya en las sombras próximas a las tinieblas de la noche. No obstante, era fácil caminar sin tropezar y; por otra parte, mis custodios lo hacían con la absoluta seguridad del que conoce de antemano cuál ha de ser el término de su viaje.

Una o dos veces intenté preguntar qué pensaban hacer conmigo, pero no recibí otra cosa que hoscas y desabridas respuestas. De

todas formas, no era preciso ser un profeta para comprender cuál era el fin que Leaven había decretado para mí.

Caminamos durante, aproximadamente, diez minutos más. Apenas si se podían advertir ya los detalles más inmediatos. De pronto, noté bajo los pies un extraño chapoteo.

Me detuve en seco, como dando a entender con mi actitud que no quería seguir más adelante. El cañón de una pistola se hundió a fondo en mi costado derecho.

—Sigue, fisgón —dijo una voz de tonos nada agradables.

Empecé a sudar. Recordaba lo que había visto desde lo alto del camino, al remontar las colinas: aquel conjunto de aguas estancadas...

—¡Vamos, continúa! —ordenó el otro forajido.

Ellos avanzaron conmigo un par de pasos. Luego, de repente, me soltaron y se retiraron hacia atrás más que aprisa.

Quedé solo en el borde mismo de la ciénaga, de la cual se desprendía un olor pútrido, a cosa corrompida, que revolvía el estómago. Volví la cabeza, pero entonces, a cuatro metros de distancia, los dos pandilleros a una, me apuntaron con sus pistolas.

—¡Camina! ¡Camina!

Volví la cabeza de nuevo. Ahora ya podía comprender la clase de muerte que Leaven había destinado para mí. Solo a un sujeto de tan sádicos sentimientos podía habersele ocurrido una cosa semejante.

Di unos cuantos pasos más. Cada vez me resultaba más penoso levantar los pies del fondo semilíquido de aquel suelo fangoso cubierto de toda clase de hierbajos. De cuando en cuando, una burbuja de gas metano añoraba a la superficie y estallaba sordamente, despidiendo un hedor repelente.

De pronto, mis pies se hundieron en el légamo hasta más arriba del tobillo. Intenté sacarlos, pero no pude. Me di cuenta de que mi fin había llegado; el fin más horroroso que un hombre, puede tener: ahogado en una ciénaga.

Lentamente, me fui hundiendo en el apestoso barro, cuyo hedor me envolvía totalmente, como una atmósfera de nueva especie. De pronto, oí una voz.

—Esto no me gusta, Marty —dijo Hutt.

—Cállate. El jefe lo ordenó así —gruñó el otro pistolero.

—Mira, Marty —protestó Hutt—, no me importa despeñar a un tipo cuando es necesario, pero esta es una forma de morir que no tiene nada de agradable. Voy a terminar con él de un tiro...

—¡Te guardarás muy bien! —exclamó Marty, sulfurado—. El patrón dijo que este fisgón debía morir en la ciénaga y eso es lo que va a pasar. Y no intentes sacar la pistola, porque si lo haces, te meteré dos tiros en la barriga.

—Está bien —gruñó Hutt—. Yo me voy; no tengo estómago para ciertas cosas.

—Haz lo que quieras —rezongó Marty.

Luego volvió el silencio, interrumpido únicamente por algún que otro estallido de las burbujas del gas de los pantanos.

El fango me llegaba ya a la cintura.

# CAPÍTULO XI

CONTINUÉ hundiéndome en el pantano.

En una ocasión, volví la cabeza, haciendo un verdadero esfuerzo, y vi a Marty, mejor dicho, su silueta, parado a cinco o seis metros, cerciorándose de que, en efecto, iba a morir ahogado en el fango. Una oleada de impotente cólera me invadió al ver que mi suerte era irremisible.

Estuve a punto de gritarle que terminase conmigo de un tiro, pero no quise suplicarle compasión; probablemente, se habría reído de mí. Él, lo que quería era disfrutar con mi agonía.

Por supuesto, no le di el gusto de escuchar un solo grito mío. Permanecí silencioso, mientras mi cuerpo seguía hundiéndose. En menos de dos minutos, el fango, que por la parte superior era casi completamente líquido, me llegó al cuello.

En aquel instante, un rayo de luz brilló en la noche. Marty quería comprobar mi hundimiento definitivo y se alumbraba con una lámpara de bolsillo. Mi barbilla rozó la superficie de la ciénaga.

Y, de pronto, inesperadamente, mis pies tocaron suelo sólido, suelo firme, de roca.

Mi descenso quedó totalmente frenado. Comprendí que la ciénaga no era tan profunda como parecía, claro que otro hombre de menos estatura se habría ahogado indefectiblemente, pero en lo que a mí se refería, el metro ochenta y seis que mido me había salvado la vida.

No obstante, era aún prematuro hablar de salvación.

Marty continuaba al borde de la ciénaga y, si se daba cuenta de que ya no seguía hundiéndome, me remataría a tiros. Era preciso,

pues, engañarle, a fin de hacer que se alejase y poder salir de allí.

Aunque me repugnaba, tuve que meter la cabeza debajo del barro; aquello, por malo que fuese, era siempre mejor que perder la vida. Simulé que continuaba hundiéndome, mediante una ligera flexión de las rodillas.

En el último instante, llené mis pulmones de aire. Cerré los ojos y desaparecí por completo de la vista de aquel granuja.

Empecé a contar los segundos mentalmente. Llegué hasta setenta y tantos, cuando ya los pulmones me ardían y me era imposible continuar más tiempo sumergido. Entonces, hice fuerza con las piernas y emergí a la superficie.

Respiré muy despacio, a fin de evitar que el barro subiera por mis fosas nasales. Tenía los ojos cerrados y esperé así un par de minutos más, temiendo recibir en cualquier instante el disparo fatal.

Cuando vi que no ocurría nada, saqué un brazo al exterior. Sacudí la mano, a fin de limpiarla un poco del barro que tenía adherido y luego me la pasé por la cara con infinito cuidado.

Abrí los ojos. Escorizando la cabeza, miré hacia la orilla del pantano.

Un suspiro de satisfacción se escapó de mi pecho. Marty se había ido ya.

Estaba libre, pero solo hasta cierto punto, porque ahora venía el problema de salir de la ciénaga. Y esto no era fácil, porque, si bien continuaba vivo, mi cuerpo, en especial de la cintura para abajo, estaba fuertemente sujeto por aquel légamo que más parecía goma de pegar.

De todas formas, el tiempo ya no contaba y, además, me había habituado al hedor que flotaba en torno mío. Poco a poco, midiendo cuidadosamente los movimientos —era preciso tener en cuenta que quizá el punto en que me hallaba no era todo el fondo de la ciénaga, sino solo parte, como una especie de isla de suelo firme y que un gesto en falso podía lanzarme a otro lugar donde acaso podría hundirme irremisiblemente—, empecé a girar, hasta que, al fin, di vista a la casa.

Miré en torno mío, buscando algún asidero. Levanté una pierna, pero no encontraba terreno sólido para sentarla. Por otra parte, el esfuerzo era demasiado grande. ¿Acaso iba a quedarme allí para siempre, sin hundirme del todo, pero también sin poder salir?

El pantano abundaba en plantas que lo cubrían en buena parte. Agarré una, pero la arranqué al primer esfuerzo. Otro matojo corrió la misma suerte.

Maldije en voz baja. Estiré un brazo, asiendo una tercera planta. Esta resistió un poco más, lo suficiente para permitirme ascender unos centímetros y quedar en posición oblicua, con los pies flotando en el fango, pero al mismo tiempo, sintiendo que volvía a hundirme de nuevo.

El pánico que me invadió, prestó fuerzas a mis brazos. Agarré otro matojo y gané unos centímetros más. Mi oblicuidad se acentuó, aproximándose a la línea horizontal. Finalmente, conseguí quedar tendido de pecho, con lo cual el hundimiento se retrasaba considerablemente.

Entonces empecé a «nadar», si es que vale la expresión, moviendo brazos y piernas en el fango y agarrándome así hasta que, de repente, no sé cuánto tiempo pasé en aquella situación, me encontré en terreno completamente sólido.

Entonces aflojé mis músculos y apoyé la cara en la hierba, exhausto y agotado, pero más moralmente que en lo físico, sin acabar de creer aún en mi buena suerte. Estaba cubierto de barro de pies a cabeza y envuelto en un aura pestilente que provocaba espasmos de asco en el estómago.

Permanecí así largo rato, hasta que noté que me volvían las fuerzas y mi ánimo recobraba de nuevo la presencia necesaria. Lentamente, me puse en pie y empecé a despojarme, una por una, de todas las prendas que componían mi vestuario.

Los zapatos se habían quedado en la ciénaga, por supuesto. Pero el suelo era herboso y permitía caminar sin detrimento para los pies. Solo conservé puestos los calzoncillos tipo slip. El resto de mi indumentaria quedó abandonado allí, junto a la ciénaga. Ya volvería por mis documentos más tarde, pensé; era lo único de valor que abandonaba.

Emprendí la marcha hacia la casa. A los pocos metros, me topé con una corriente de agua, que desembocaba en la ciénaga. Esta, seguramente, debía tener un desagüe subterráneo, por lo que el nivel del líquido no crecía nunca en su superficie.

Me arrodillé junto al arroyo, lavándome lo mejor que pude. El agua estaba fría y la frescura de la noche no contribuyó,

precisamente, a mejorar la temperatura de mi epidermis, pero la rabia que sentía me hacía olvidar tales inconvenientes, por otra parte, muy pequeños, dadas las circunstancias. A pesar de todo, continuaba oliendo, y no precisamente a rosas.

Ya tenía la vista habituada a las tinieblas y, aunque no había luna, las estrellas me proporcionaban la suficiente luz para poder caminar sin temor a errores. En pocos minutos llegué a las inmediaciones de la casa.

Me detuve junto a una de las paredes, escuchando atentamente durante algunos minutos. No se escuchaba el menor ruido. ¿Se habrían llevado a Lillian de aquel lugar?

Empecé a deslizarme pegado al muro. Bruscamente, capté un rayo de luz que salía, al exterior. Procedía de uno de los huecos del edificio, cuya contraventana no había sido bien cerrada.

Atisé a través de la ranura. Pude ver a Lillian sentada en una silla, en el extremo opuesto de la habitación donde había organizado aquel tumulto, con una pierna montada sobre la otra y un cigarrillo en los labios. Un poco más cerca, divisé a uno de los forajidos, haciendo solitarios en la mesa. Su revólver estaba al alcance de la mano.

Observé la escena en silencio, mientras daba vueltas a mi cabeza, buscando el mejor medio de sacar a la chica del apuro. De pronto, vi que el jugador, Bowles, levantaba la cabeza y movía los labios.

No pude oír lo que decía, aunque por la expresión de su cara y el punto a donde miraban sus ojos, me di cuenta de que se dirigía a uno de sus compinches. Esto me dijo que había dos, por lo menos, vigilando a Lillian.

Después de algunos segundos de reflexión, decidí continuar dando la vuelta a la casa. Mi situación no era favorable en absoluto; salvo los calzoncillos, estaba desnudo y no poseía otras armas que mis propias manos.

Llegué a la parte anterior y divisé un solo coche, precisamente el mío. Por lo menos, Leaven se había marchado, seguramente para dar comienzo a su presión acerca de Farrar. Ahora, lo importante era saber cuántos tipos había dentro de la casa.

Busqué distintas soluciones, sin encontrar ninguna satisfactoria. Lo primero que se me ocurrió fue aprovechar la gasolina del auto

para incendiar la casa, pero deseché la idea por temor de dañar a Lillian, aparte de que estimaba necesario un medio de transporte para cubrir la retirada. De pronto me dije que lo mejor era el método directo.

Los pandilleros me creían ahogado en el fondo de la ciénaga. Se llevarían una buena sorpresa al verme vivo. ¿Por qué no aprovechar el momento?

Caminé hasta la puerta de la casa y llamé fuertemente, golpeando en la madera con la palma de la mano. Luego me retiré a un lado y esperé.

No tardé en escuchar ruido de pasos al otro lado de la puerta. Mis nervios estaban en tensión. ¿Y si los pandilleros tenían orden de matar a la chica en caso de surgir algún imprevisto?

La puerta se abrió de pronto.

—¿Quién es? —gruñó una voz, por la cual reconocí a su dueño, Hutt.

Di un paso en sentido lateral y disparé la mano hacia su estómago. Hutt exhaló un gemido y se dobló hacia adelante. La pistola que empuñaba cayó al suelo.

Descargué el filo de la mano sobre su nuca. Hutt se estiró convulsivamente y cayó al suelo, convertido en un tronco.

Recogí su pistola rápidamente, comprobando que se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. Luego registré las ropas de Hutt; no llevaba más armas. Hecho esto, crucé el umbral.

Pisé de puntillas sobre el suelo del vestíbulo. La puerta de la habitación estaba entreabierta y por ella salía un rayo de luz amarillenta.

Bruscamente, la puerta se abrió y la silueta de un individuo se recortó claramente contra el espacio iluminado.

—¿Hutt? —preguntó Bowles recelosamente.

—No soy Hutt —contesté—. Suelte esa pistola...

La respuesta del sujeto fue un tiro que a poco me vuela la cabeza. Empecé a apretar el gatillo.

Los estampidos resonaron como cañonazos. Bowles levantó las manos al cielo, giró sobre sus talones y se derrumbó al suelo de bruces, completamente inmóvil.

Salté hacia la puerta, colocándome junto a una de las jambas, con la pistola dispuesta para abrir el fuego de nuevo si era

necesario.

—Lillian, soy Jones. ¿Hay alguien más ahí?

La respuesta de la chica fue un explosivo grito de alegría.

—¡Bill! —y de pronto, apareció ante mí, saltando por encima del cuerpo inerte de Bowles. Extendió los brazos y se colgó de mi cuello, abrazándome con verdadero frenesí—. ¡Oh, Bill —gimió—, creí que habías muerto!

—Parece ser que no —respondí, secamente, tratando de zafarme de sus brazos—. Tuve suerte.

—Esos bandidos... dijeron que te habían arrojado a la ciénaga...

—Es cierto, pero no contaron con los imponderables —terminé de soltarme—. Métete adentro de nuevo —dije.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. Bill, querido, no acabo de creer que estés vivo todavía. Si supieras lo que he llorado por ti...

—Me lo imagino. Anda, haz lo que te digo. No estoy presentable.

Ella me miró de arriba abajo.

—¿Qué te ha pasado, Bill?

—Mira, te lo contaré más tarde; ahora no puedo perder el tiempo en explicaciones. Mi indumentaria no es la más correcta para permanecer delante de una señorita, ¿comprendes?

Sorprendentemente, Lillian se echó a reír de un modo convulsivo, espasmódico. Comprendí que era un ataque de hilaridad producido por mi aspecto, pero me di cuenta al mismo tiempo, que iba a degenerar en una oleada de histerismo. Sus carcajadas parecían derivar hacia la locura, así que corté aquella ráfaga de risas con un par de bofetadas bien aplicadas.

—Este no es momento de reír —dije secamente—. Estás nerviosa, excitada, Lillian.

—Tienes razón —replicó ella, hipando con fuerza—. No sé lo que me digo... Pero, ¡es que he pasado unos momentos tan amargos! Tendrías que haber oído a esos tipos hablando de ti y de los «glu, glús» que hacías cuando te hundías en la ciénaga.

—Pues tú tendrías que haber estado en mi sitio y hubieras visto lo que es bueno —refunfuñé—. Está bien, vuelve adentro y espérame.

Más calmada Lillian obedeció. Entonces, regresó a la entrada.

Hutt continuaba inconsciente. Un golpe en la nuca, no es cosa de

broma; si se aplica con fuerza, puede despenar a un individuo. Aproveché su estado de indefensión y le quité sus ropas; no era tan alto como yo, pero, al menos, pude ponerme su camisa y sus pantalones, incluso los calcetines. En cambio, no hubo manera de calzarme sus zapatos, así que los arrojé todo lo lejos que pude, donde no le fuera fácil hallarlos.

A continuación, asomé la cabeza y llamé a Lillian. La muchacha acudió a la carrera.

—¡Bill! —exclamó.

—Ya estoy listo —dije—. Vámonos.

Mi coche continuaba en buen estado y disponía de gasolina suficiente. Momentos después, partíamos de aquel lugar. Cuando se despertase, Hutt tendría mucho que explicar a su jefe.

Pero primero tendría que buscar los zapatos, luego ropajes adecuados... Consulté el reloj del salpicadero; eran ya las once de la noche.

Antes de que Hutt pudiera avisar a Leaven —a menos que este enviase a alguno de sus esbirros para relevar a los otros, en la vigilancia de la chica—, habrían de pasar bastantes horas. Esta era mi ventaja.

## CAPÍTULO XII

PASARON algunos minutos antes de que se rompiera el silencio existente entre los dos.

—Bill —dijo Lillian de pronto—, ¿por qué ha hecho Leaven todo esto?

—Conozco el asunto, aunque de una manera superficial —respondí—. Al parecer, existen unos documentos cuya publicación no interesa a tu padre. Leaven piensa forzarle a recobrarlos, utilizándote a ti como palanca.

—No entiendo —murmuró ella.

—Pues es muy sencillo —rezongué—. No me dirás que Leaven no te había propuesto matrimonio.

—Sí, claro —admitió Lillian—. Y confieso que me agradaba bastante, aunque nunca acabé de tomar en consideración sus propuestas.

—Él esperaba triunfar. Mi inesperada aparición, provocada por tu padre, echó por tierra todos sus planes. Es lógico que ahora pretenda lo mismo, pero empleando otros métodos.

—Pero, supongamos que yo no quiero casarme con él —objetó ella.

—Supongamos también que te lo pide tu padre.

—No lo haría —respondió ella impulsivamente—. Solo me casaré contigo, Bill.

—Para el carro, querida —contesté—. Yo no quiero casarme contigo, aunque te agradezco la intención. Pero, imagínate que yo hubiese muerto de veras. Tu padre te ruega que te cases con Leaven, puesto que, de no hacerlo, se encontrará en una difícilísima

situación. ¿Y cuál sería tu actitud, entonces?

Lillian vaciló.

—No creo que mi padre me pidiese nunca una cosa semejante —dijo al cabo, de mala gana.

—Porque no ha llegado todavía la ocasión.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque Leaven no tiene los documentos que tanto le interesan. Me lo preguntó cuando estaba en la casa de la ciénaga, ¿recuerdas? Por lo tanto, si no tiene aún los documentos, no puede forzar a tu padre de otra forma que amenazándole con tu muerte si no accede a tus pretensiones. O de Leaven o de la fría tumba.

—A pesar de todo, sigo sin comprender...

—Leaven quiere tu dinero —dijo brutalmente—. ¿Tan tonta eres que no lo has sabido ver desde un principio? Es un sujeto de la peor especie y, casándose contigo, adquiriría una honorabilidad de que ahora carece por completo, aparte de que tendría el dinero a espuestas y una esposa bella y elegante. Ha recurrido al secuestro, porque no tiene los documentos, sencillamente.

Lillian trató de analizar mis palabras.

—¿Y qué dicen esos documentos, Bill? —preguntó después de unos momentos de reflexión.

—¡Ah, yo qué sé! —repuse—. Pregúntaselo a tu padre.

—Parece ser —dijo ella entre dientes—, que mi padre cometió en tiempos una mala acción y que ha quedado constancia gráfica de ella.

—Así debe ser —contesté. Y, cruelmente, añadí—: Al menos, yo sé de una acción por la que cualquier persona decente le escupiría a la cara cada vez que le viese... si estuviese enterada de dicha acción, naturalmente.

Lillian se indignó.

—¡Bill! ¿Cómo puedes hablar así de mi padre?

—Porque es la verdad y no hay nada que pueda desfigurarla —afirmé.

—Bill... yo... me están dando ganas de sacarte los ojos con las uñas.

—Espera a que hayamos llegado a tu casa —respondí—. Ahora nos estrellaríamos con el coche.

—¡Eres odioso, repugnante!

Me eché a reír.

—¿Lo dices por la peste que despido? Tengo que bañarme, querida; esa ciénaga hedía abominablemente.

—No me refiero al olor, sino a...

—Lo sé, lo sé —dije, interrumpiéndola—. Pasemos a otro tema, Lillian. Deseo hacerte una pregunta... ¿Puedo esperar de ti que me contestes con absoluta franqueza?

—Veremos —contestó ella ambiguamente.

—Muy bien. ¿Quién es Hester Dwiss?

—¿Hester Dwiss? —repitió ella.

—Sí. Se trata de una mujer de unos treinta y cinco años, quizá alguno más, elegante y atractiva, pelo rojizo oscuro y con un tipo muy bien cuidado.

—No la conozco, no he oído jamás su nombre.

—¿Estás segura?

—Te digo la verdad, Bill —gritó ella.

—Muy bien, no te enfades. Entonces, quizá tu padre sepa darme algún detalle más acerca de esa dama.

—¿Cuáles son las relaciones existentes entre esa mujer y mi padre, Bill? —inquirió Lillian.

—Eso es, precisamente, lo que pienso averiguar cuando le vea —contesté rotundamente.

\* \* \*

Media hora más tarde, detenía el automóvil frente a la puerta de entrada de la mansión de los Farrar. Lillian y yo nos apeamos cada uno por nuestro lado y caminamos a una hacia la puerta.

Momentos después, Hisser, enfundado en una bata y con los ojos cargados de sueño, nos abrió la puerta.

—¡Señorita! —exclamó, en el colmo del asombro.

—Hola, Hisser —contestó ella, cruzando el umbral—. ¿Está mi padre en casa?

—Sí, señorita. —Hisser me contempló estupefacto: el aspecto que ofrecía yo, había quebrantado su habitual impasibilidad.

—Entonces, haga el favor de llamarle en el acto y decirle que le esperamos en el salón —dije, agarrando a Lillian por un brazo y empujándola hacia, la pieza mencionada.

Me encaminé directamente al bar y llené dos vasos, entregándole uno a Lillian. Los dos bebimos, aunque la verdad, en lo que a mí se refería, estaba cayéndome de hambre. Pero no quería entretenerme en comer; tenía todavía otras cosas por hacer.

Farrar apareció minutos después, en bata y zapatillas. Un resplandor de alegría apareció en sus ojos al ver a su hija.

—¡Lillian! —exclamó.

—Hola, papá —contestó ella.

Se abrazaron con verdadera efusión. Farrar podía ser un negrero en los negocios, pero también tenía su corazoncito, como todos los padres. Después de las primeras efusiones, alargó su mano hacia mí.

—Gracias, Jones —dijo—. Ha sido una buena labor. ¿Qué es lo que desea de mí? Pídalo sin temor; le daré todo cuanto desee.

Contemplé fríamente la mano que me ofrecía.

—No quiero nada, Farrar —contesté secamente—. Excepto, claro, hablar unos momentos con usted. A solas —concluí, mirando a Lillian.

La chica pateó el suelo.

—¡No quiero marcharme! —gritó—. Deseo oír lo que se habla aquí.

—Tú te vas a ir ahora misino —dije, empujándola hacia la puerta sin la menor consideración—. Y mientras tu padre y yo discutimos de... negocios, harás que me preparen ropa para cambiarme, algo de comer, y, sobre todo, un buen baño. ¡Largo! —y cerré la puerta con un gran golpe, echando la llave a continuación.

Regresé junto al bar y me serví otra dosis de licor...

—¿Le anunció Leaven que tenía a Lillian en su poder? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Debía acceder... mejor dicho, persuadir a Lillian de que se casara con él. Antes, sin embargo, había de firmar un documento, entregando a Lillian, como dote libre de toda traba legal, dos millones de dólares. De lo contrario, la mataría.

Solté una risita.

—¡Je! El tipo no se queda corto pidiendo. Me imagino que se llevará el gran chasco cuando se entere que su golpe le ha fallado. ¿Por qué no le aprieta con los documentos?

El semblante del millonario se oscureció.

—No lo sé —dijo sombríamente—. Y esto es lo que más me preocupa, créeme, Bill —me tuteó por primera vez.

—Le diré por qué no lo hace, Farrar. Sencillamente, no los tiene en su poder. Es por eso que se ha visto obligado a recurrir al procedimiento del secuestro.

Farrar abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Rayos! Entonces, si no los tiene él, ¿quién...?

Apuré el resto de licor.

—¿Cuáles son sus relaciones con Hester Dwiss? —pregunté de sopetón.

—¡Infiernos! Eso es cosa mía, Bill —tronó Farrar.

—No tanto como usted cree —alegué—. Le guste o no, Lillian está metida hasta el cuello en este asunto. Si no lo soluciona de una vez, Leaven, de una forma u otra, tornará a la carga. O le arrancamos los dientes de una vez o tendrá que empezar a pensar en el funeral de su hija.

Farrar extendió sus manos, enormes, poderosas.

—¡Si ese maldito bastardo intenta tocarle un solo cabello, juro que le partiré en dos pedazos! —tronó.

—Déjese de actitudes grandilocuentes —exclamé desdeñosamente—. Le he hecho una pregunta.

Farrar pareció recobrar la cordura, perdida momentáneamente. Me miró como abstraído y luego se pasó una mano por la frente.

—Pensábamos casarnos —contestó al cabo.

—¿Y ha variado de opinión?

—Sí —se sirvió otro trago.

—¿Por qué?

—No es la clase de mujer que conviene para madrastra de Lillian —respondió.

—Eso me pareció a mí desde un principio. ¿Dónde vive?

—¿Es que vas a ir a visitarla?

—Sí, desde luego. Vamos, responda.

—Western Drive, 660, apartamento 239.

—Muy bien. Creo que esta noche, Hester Dwiss recibirá una gran sorpresa. Ahora, cuando me haya cambiado de ropa, me dará usted algún dinero. He perdido todo el que tenía en la ciénaga.

—¿Qué ciénaga, Bill?

—Los hombres de Leaven —dije por encima del hombro, mientras me dirigía hacia la salida—, me arrojaron a un pantano. Estoy vivo por casualidad. Pero Lillian se lo contará todo mejor mientras yo me baño: ¡Demonios, todavía me parece tener en la boca el sabor de aquel apestoso fango!

\* \* \*

Mientras me bañaba, consumí el contenido de una bandeja: bocadillos y un par de vasos de leche. Terminé con una buena taza de café, después de lo cual me sentí como nuevo.

El baño arrastró el aura de hedor que me envolvía. Al terminar, me equipé con ropas de Farrar que Hisser había dispuesto precavidamente. Me estaban un poco holgadas, pero mucho mejor que las de Hutt. En todo caso, a las dos de la madrugada, este era un detalle que no tenía importúnela.

Bajé al vestíbulo. Padre e hija me esperaban ya allí.

—Bill —dijo Lillian temerosamente.

—No te preocupes —contesté sin mirarla. Tenía los ojos fijos en Farrar, cuyo rostro aparecía serio y contraído.

—Ten cuidado, Bill —habló, mientras me entregaba un puñado de billetes.

—No hay motivos de alarma. Gracias por el dinero. Ya le entregaré un justificante.

—No lo necesito, Bill; confío en ti.

—En cambio, yo no confiaría en usted para nada —contesté insultantemente. Y me dirigí hacia la puerta.

Lillian me alcanzó cuando ya estaba a punto de salir.

—Bill, por favor...

—¿Quieres dejarme salir? —pregunté, impaciente.

—¿No vas a volver? —dijo en tono ansioso.

Levanté los hombros con gesto de indiferencia.

—¡Qué sé yo! —respondí. Abrí la puerta y salí a la calle.

Lo primero que hice fue buscar una farmacia abierta. El dependiente de noche se mostró un tanto reticente al principio, pero cuando le largué dos billetes de a veinte dólares, me entregó lo pedido: un frasquito de vidrio con éter y un pequeño paquete de algodón. Con ambos objetos en el bolsillo, volví al coche.

Quince minutos más tarde, me hallaba en la puerta del 660 de Western Drive. Me dirigí al recepcionista nocturno; tenía que hacerlo a la fuerza.

Esta vez, la cosa me costó algo más: cien dólares exactamente. Pero el tipo acabó entregándome la llave maestra de los apartamentos del edificio. Con ella en mi poder, me metí en el ascensor y subí hasta el piso noveno.

\* \* \*

Momentos después, me hallaba ante la puerta del apartamento ocupado por Hester Dwiss.

Por un momento, me pregunté qué sucedería si mis sospechas no se confirmaban. Luego pensé que, naturalmente, estaba allí para confirmarlas o desecharlas y, en este caso, indagar por otro camino. Después de unos segundos de reflexión, inserté la llave en la cerradura.

## CAPÍTULO XIII

CERRÉ a mis espaldas, sin hacer el menor ruido. La quietud era absoluta. Saqué un fósforo y lo encendí rápidamente, con la intención de darme cuenta de la distribución interior de la estancia. Segundos después, nuevamente a oscuras, me hallaba junto a una mesita, sobre la cual, en el más absoluto silencio, deposité el frasquito con el éter y el algodón.

Arranqué la envoltura del algodón y extraje un buen trozo, que empapé acto seguido con el anestésico. Luego, sin pérdida de tiempo, me dirigí hacia el dormitorio de Hester Dwiss, pero caminando siempre con infinito cuidado, con objeto de no derribar algún mueble que pudiera delatarme por el ruido que produciría al caer.

No tardé mucho en escuchar una sosegada respiración. Por la ventana entraba parte de la luz de la calle. Ello me permitió ver a la inquilina del apartamento durmiendo apaciblemente. Me acerqué al lecho y, subidamente, en tanto la sujetaba con una mano por el pecho, le apliqué la torunda empapada en éter a la cara.

Hester Dwiss se despertó, terriblemente sobresaltada, y forcejeó, procurando soltarse de mi presión. Pero aparte de que había sido cogida por sorpresa, sus fuerzas no podían compararse con las mías. Momentos después, sus movimientos empezaron a hacerse más débiles, hasta cesar del todo.

Arrojé el algodón a un lado y encendí la lámpara de noche. Puse una mano sobre el corazón de la mujer, hallando que latía con normalidad. Su pecho subía y bajaba sosegadamente, con el ritmo habitual de los durmientes. Sonreí satisfecho; ahora podría buscar

con tranquilidad, sin temor a que la ocupante del apartamento pudiera estorbarme en la tarea.

Empecé a buscar metódicamente. Sabía que se trataba de unos documentos, pero no tenía la menor idea de cómo eran, si muchos o pocos, si se trataba de un solo papel o de un grueso legajo, ni tampoco el espacio que ocupaban. No obstante, me imaginaba que, fueran como fueran, el nombre de Farrar debía mencionarse en ellos, así que no perdí demasiado tiempo en reflexiones.

Hester Dwiss era mujer que sabía vivir muy bien. El apartamento, además de ser caro, lo que significaba una excelente decoración, tenía el toque personal de la mujer. Revolví todo, librerías, cuadros, divanes, incluso miré debajo del colchón donde ella dormía, pero llegó el alba y todavía no había encontrado el menor rastro de los documentos que buscaba.

A las siete de la mañana, hice un pequeño alto para tomarme un descanso. Oí murmurar algo entre dientes a la mujer y le puse nuevamente el algodón en la nariz. Volvió a dormirse sin la menor protesta.

Fui a la cocina y sin escrúpulos de ninguna clase, me dispuse a prepararme una taza de café. Enchufé el hornillo eléctrico, busqué una cafetera, la llené de agua y la puse al fuego.

A continuación, abrí los armarios, buscando el recipiente del café molido. Cuando lo sacaba, mi mano tropezó con una lata, sobre cuya superficie estaba el rótulo indicador de que servía para contener galletas.

La lata cayó sobre la repisa y de aquí al suelo, con gran estruendo. Al golpe, saltó la tapa, desparramándose gran parte de su contenido.

Maldiciendo en voz baja, me incliné para recoger las galletas esparcidas por el suelo. Cogí la lata con la mano izquierda y cuando ya me disponía a echar dentro un puñado de galletas, vi en el fondo algo que me chocó extraordinariamente.

Me puse en pie, dominando la excitación que me había acometido. La lata era metálica, cilíndrica, de unos veinticinco centímetros de diámetro por treinta y cinco de altura. En el fondo había un rollo de algo que parecían papeles, muy bien envueltos en un forro de plástico, anudado por ambos extremos con sendas cintas de seda.

Respiré hondamente, sabiendo que había llegado casi al final de mis investigaciones. Antes de quitar la envoltura del rollo de papeles, tuve la suficiente sangre fría de hacerme el café. Después de un par de tazas, me sentí mucho mejor.

Entonces, con un cigarrillo entre los labios, extendí los papeles sobre la mesa. Los examiné uno a uno detenidamente, quedándome al final, completamente desconcertado:

En verdad, los documentos se referían a Farrar, pero no mencionaban ningún hecho delictivo cometido en el pasado, ni cualquier otra acción de la que tuviera que avergonzarse. En todo caso, se referían a un delito que aún estaba por cometerse y, si se miraba estrictamente, tampoco era delito, aunque desde luego, lo que se proponía hacer, no era cosa de la cual pudiera ufanarse. Indiscutiblemente, la publicación de los mismos, hubiera supuesto para el padre de Farrar un duro golpe, una pérdida de prestigio de la que muy difícilmente se hubiera recuperado.

Enrollé los documentos de nuevo y me los guardé en el bolsillo. Acto seguido, recogí todas las cosas, dejando la cocina tal como estaba antes de mi visita.

Volví al dormitorio. Hester Dwiss continuaba durmiendo. Sonreí al imaginarme su despertar: mal gusto de boca, náuseas... y la cólera que la acometería al enterarse de que los documentos la habían desaparecido.

Apagué la luz y abandoné el apartamento. En recepción devolví la llave al recepcionista, hecho lo cual salí a la calle. Puse el auto en marcha y no me detuve sino hasta hallarme a una milla al menos de Western Drive.

Entonces, busqué una cabina telefónica y llamé a Farrar.

Tuve que apartar el receptor unos centímetros de mi oreja; por poco me revienta el tímpano.

—¡Bill! ¿Dónde infiernos estás ahora? —bramó.

—No se preocupe —contesté—. Lo importarte, es decir, los documentos están ya en mi poder,

—¿Lo dices en serio?

—No acostumbro a mentir en las cosas importantes, Farrar.

—Muy bien. Tráelos a casa inmediat...

—No, Farrar.

Hubo una explosiva pausa de silencio. Luego, el padre de Lillian

lanzó un aullido de cólera.

—¿Qué demonios estás diciendo, Bill? Trae acá esos documentos, ¿me has oído?

—Demasiado bien —respondí—. Pero no pienso entregárselos hasta que a mí me convenga,

—Estás loco... —y de repente, añadió—: Ah, ya quieres dinero a cambio de esos malditos papeles. ¿Cuánto?

—No quiero dinero, Farrar.

—Entonces, ¿qué condenación deseas? Ah, ya entiendo; quieres a Lillian, ¿no es eso? ¡Maldito estúpido! ¿Qué falta hace que me aprietes de esa manera? ¡Ella está enamorada de ti como una tonta!

—Lo sé, Farrar.

—Pues no te comprendo, muchacho. Me gustaría que me aclarases de una vez cuáles son tus intenciones.

—Se lo diré enseguida, Farrar. No hace mucho, usted manifestó que podría derrotarme cómo y cuándo quisiera.

—¡Y lo sostengo! —tronó el padre de Lillian.

—Muy bien, Farrar; ya le daré ocasión de demostrar lo que dice. Pero será cuando a mí me convenga, no antes. Y le aseguro que no conseguirá derrotarme, por mucho empeño que ponga en ello.

—Mira, Bill, si no hubiera aprendido a conocerte en estas pocas entrevistas que hemos tenido, diría que estás chiflado del todo. ¿Puedes explicarte de una vez?

—Hasta cierto punto, Farrar. Oiga, voy a hacerle una pregunta...

—¡Vamos, suéltala ya; me tienes sobre ascuas!

Solté una risita.

—Dentro de poco, estará hirviendo, Farrar. ¿Se acuerda usted de Philip Kunstall?

Dejé solamente el espacio de tiempo suficiente para que mis últimas palabras penetrasen a fondo en su cerebro. Luego, antes de que pudiera contestarme, colgué el teléfono.

Salí nuevamente a la calle y monté en el coche. Estaba cansado, me moría de sueño y sabía que por el momento, no podía hacer nada, de modo que me busqué un hotel de poca importancia, donde un billete de diez dólares acalló las airadas protestas del recepcionista sobre mi falta de equipaje, y subí a la habitación que me habían asignado.

Coloqué el rollo de papeles bajo la almohada. Solo me quité la

chaqueta y los zapatos. Un minuto después, dormía como un tronco.

Desperté bastante después de mediodía. Tenía la seguridad de que alguien había ido de visita a mi apartamento y a mi oficina, llevándose un buen chasco. Era por eso precisamente por lo que había elegido aquel hotel, donde estaba seguro que nadie podría encontrarme.

Llamé por teléfono y encargué una sustanciosa comida y los periódicos del día. Por estos pude enterarme que las pesquisas para hallar al asesino de Linda Lane seguían atascadas. En cambio, no decían nada de Bowles. Se comprende; era temprano todavía para que la noticia hubiera trascendido a los diarios, aparte de que Leaven tendría buen cuidado de ocultar la muerte de su esbirro.

Terminé de comer y encendí un cigarrillo, dedicándome a la tarea de meditar acerca de los próximos pasos que debía dar. Quise consultar la hora, pero me di cuenta que no tenía el reloj encima. Por la luz del día calculé que debían ser las cuatro o las cinco de la tarde.

Esperé un par de horas más, hasta que vi que anochecía. Entonces, abandoné la habitación.

Desde el hotel me dirigí a una taberna de mala nota, donde sabía podrían facilitarme los informes que necesitaba. El nombre de la taberna era excesivo para el local: «El Palacio de Oro». Una fantasía de su dueño, un sujeto llamado Harry Butler, que no rechazaba jamás un dólar, viniera de donde viniese.

Entré en la taberna y me acerqué al mostrador. Harry me sirvió al instante una copa de lo bueno, no del matarratas que expendía habitualmente.

—¿Qué tal, Bill? —me saludó.

Había confianza entre los dos para tratarnos de tú.

—Necesito una información, Harry. Si no me la proporcionas tú, —, otro se ganará diez hermosos «pavos».

—Vamos, vomítala ya, Bill. ¿De qué se trata?

—¿Dónde vive Leaven, «El Zorro»? No, no me refiero a su negocio, el *night club* que tiene en la Décima Avenida, sino a su domicilio particular.

Harry se puso a fregar el mostrador súbitamente, a la vez que apretaba los labios.

—Está bien —dije—; en vez de diez, serán veinte, pero suéltalo

ya.

—Me gusta ver el color de las «hojas de lechuga» —dijo el tabernero con desconfianza.

Puse los dos billetes en el mostrador. Desaparecieron tan rápidamente como si no hubieran existido jamás.

—O.K., Bill. Vive en una casa solitaria, aislada, al final de Lannerton Place. La reconocerás enseguida; es la última de la derecha.

—Gracias, Harry —despaché el licor de un trago y me dispuse a abandonar la taberna. Pero Harry Butler no es tipo que perdone un dólar a nadie.

—Son cincuenta centavos, Bill —dijo, alargando la mano—. Y te hago precio de amigo.

Arrojé una moneda sobre el mostrador.

—¡A ver cuándo te clausuran el local por vender drogas! —le deseé a continuación de la cual, volví a la calle.

Tomé el coche nuevamente, encaminándome a Lannerton Place. Veinte minutos más tarde, detenía el automóvil a unos ciento cincuenta metros de distancia del domicilio de Leaven; sabía que a esas horas acostumbraba a estar en casa; no iba a su local hasta bastante más entrada la noche, cuando mayor era la animación de clientes.

Cubrí a pie el resto del trayecto. No tardé en divisar la casa, alumbrada solamente por un mortecino farol que había al final de la calle, después de la cual empezaba ya el campo abierto. Para un sujeto como Leaven, aquella era una residencia ideal.

El edificio era de tipo bungalow, de una sola planta, aunque bastante extenso. Estaba rodeado por un jardín, enmarcado a su vez por una tapia, la mitad de mampostería y la mitad de verja de hierro, de la altura de un hombre. Después de unos momentos de reflexión, resolví entrar por la parte posterior.

Cautelosamente, di la vuelta a la tapia, situándome justo detrás del centro del edificio. Tuve que hacer bastantes equilibrios para conseguir pasar al otro lado; corría el riesgo de quedar enganchado a alguna de las puntas de hierro de la verja, pero al fin lo conseguí.

Avancé poco a poco a través del jardín, esquivando la piscina que estaba vacía, en dirección hacia un punto de luz que brotaba de uno de los muros. Me aposté allí durante unos momentos.

Leaven estaba escribiendo algo sobre un grueso libracó que parecía de cuentas. Seguramente, estaba anotando sus últimos ingresos obtenidos por extorsiones, «protección», drogas y otros «negocios» tan lucrativos como ilícitos. Esperé allí, quieto, agazapado en la oscuridad, con la mano, derecha en torno a la culata de una pistola; por nada del mundo quería que me cogieran desprevénido nuevamente.

Al cabo de casi una hora de espera, vi entrar a dos individuos: uno de ellos era Dickie, el enano. Hutt era, el otro y no parecía sentirse muy feliz.

Leaven se puso en pie y empezó a insultarles a los dos con todas sus fuerzas. Aprovechando el ruido que indudablemente hacía con su violento discurso, tanteé la ventana, consiguiendo abrir una rendija, lo suficiente para poder escuchar lo que se decía en el interior.

La boca de Leaven parecía un volcán en erupción. Los dos hampones no sabían qué contestarle, tan avergonzados y confundidos estaban.

De pronto, escuché el ruido del motor de un automóvil que se acercaba a la casa. Instintivamente, me apreté aún más contra la pared.

El coche se detuvo al otro lado, frente a la entrada al jardín. Segundos después, Marty, el tercer secuaz de Leaven irrumpía en el despacho.

—¡Jefe, tiene visita! —exclamó.

—¿Quién es? —gruñó el forajido.

—Yo —exclamó Hester Dwiss en aquel momento, y avanzando hacia Leaven.

## CAPÍTULO XIV

ERA preciso reconocer que Hester Dwiss sabía realzar adecuadamente los encantos con que había sido dotada por la Naturaleza. Vestía con singular elegancia, un traje negro, estrechamente ajustado a su espléndida silueta, adornado, con un broche de platino y diamantes sobre el seno izquierdo. El vestido era sin mangas, aunque ella llevaba guantes del mismo color hasta más arriba del codo. El contraste entre el negro de la indumentaria y la cálida morbidez de su tersa piel, era fascinador.

En la mano izquierda llevaba un bolso. Al mismo tiempo que con gran desenvoltura, se movía a la vez con gracia y elegancia suma. Agitó la mano derecha y exclamó:

—Lee, haz que tus gorilas nos dejen solos.

Leaven movió la mano.

—Ya lo oyeron, muchachos. Lárguense.

Los pistoleros abandonaron la habitación. Leaven cerró cuidadosamente la puerta. Mientras, Hester Dwiss había sacado tabaco y encendía un cigarrillo con un costoso mechero de oro y piedras preciosas.

—¿Y bien? —gruñó el hampón acercándose de nuevo a su visitante.

Ella le dirigió una fría mirada.

—Lee, no te hagas el desentendido. ¿Dónde los tienes?

—¡Eh! ¿Qué diablos dices? —exclamó Leaven, completamente desconcertado—. ¿A qué infiernos te refieres, Hester?

—Por favor —dijo ella en tono paciente—, no me tomes por estúpida; Bastante te has burlado de mí esta madrugada. Vamos,

suéltalos ya de una vez.

Leaven estaba como quien ve visiones. En cuanto a mí, disfrutaba horrores con aquella escenita.

—¡Pero, Hester...!

—Lee, si piensas que voy a dejarme engañar, estás, muy equivocado. Puedo tolerar la broma que me has gastado hoy, anestesiándome con éter y llevándote unos documentos que para mí tenían una importancia extrema, harto lo sabes. Vamos —repitió—, devuélvemelos o de lo contrario, antes de diez minutos: tendrás encima a toda la policía de Sparrel City. Y, te aseguro —añadió, señalando al libro de cuentas que yacía sobre la mesa de despacho—, que se divertirían enormemente examinando las páginas de ese libraco.

—No tengo la menor idea de lo que me dices, Hester —insistió Leaven—. Yo no te he quitado ninguna clase de documentos...

—Con que no ¿eh? —de súbito, la mujer sacó un pequeño revólver del bolso que le colgaba del antebrazo izquierdo y apuntó a Leaven—. Apártate de ahí; voy a llamar a la policía en el acto.

—¡Estás loca, Hester! —barbotó el hampón—. Te juro que no te he quitado esos documentos. No niego que yo también los andaba buscando, pero hasta el momento, ignoraba que los tuvieras tú —se apartó a un lado, levantando las manos—. Registra todo lo que quieras; llama a la policía, si ese es tu gusto, pero con ello no conseguirás que te entregue una cosa que no poseo ni he poseído jamás.

Hester Dwiss pareció desconcertarse al escuchar las palabras del rufián. Chupó el cigarrillo pensativamente y luego dijo:

—De modo que no has sido tú, ¿eh?

—En absoluto, Hester; te lo juro. Mi palabra...

—Tu palabra no es de fiar en absoluto, Lee —cortó ella ácidamente—. Sin embargo, por esta vez, te creeré —frunció el ceño—. Me parece que ya sé quién se los llevó, después de ponerme en la nariz un algodón empapado en éter, para poder registrar así mi apartamento con toda comodidad.

—¿Quién? —preguntó Leaven ávidamente.

—Jones, Bill Jones, el investigador privado.

—¡Ese hijo de perra! —barbotó Leaven furiosamente.

—El mismo. No puede ser otro que él, Lee.

—Entonces, ya no puedes presionar sobre Farrar.

—No, claro que no —dijo la mujer furiosa—. Todos mis planes se han ido al diablo. ¿Y tú, tampoco puedes hacerle nada?

—La chica escapó —dijo Leaven sombríamente.

—Me parece que no hemos hecho otra cosa que cometer error tras error desde que Linda Lane nos habló de esos documentos —murmuró Hester Dwiss—. ¡La muy zorra, también quería casarse con Farrar!

—Y por eso la mataste tú, ¿verdad? —rio Leaven.

Los ojos de Hester centellearon.

—Sí, para quitarle los documentos. Y, naturalmente, deshacerme de una competidora.

—Pero, ¿no habías encargado al detective que te los recuperase?

—Claro que sí. Sin embargo, lo hice más que nada, por cubrirme. Así descubriría otro el cadáver. Linda se había puesto demasiado tonta y tuve que meterte un balazo en el corazón —declaró Hester Dwiss con pasmoso cinismo. Pude darme cuenta que ignoraba que Farrar había estado en la escena del crimen, citado seguramente, por la muerte, la cual, según se deducía, después de despedida, había pretendido chantajearle y obligarle al matrimonio mediante la amenaza de dar a la publicidad los dichos documentos.

¡Vaya un sujeto, el tal Farrar; a sus cincuenta y tantos, y todavía se lo rifaban las mujeres hasta el extremo de llegar al asesinato! Claro que era preciso contar también con su enorme fortuna, detalle nada despreciable, por cierto.

—Bien —dijo Leaven después de unos momentos de silencio—, ¿y qué diablos hacemos ahora? Tú te has quedado sin el padre... y yo sin la hija —sonrió—. ¿Por qué no nos unimos de nuevo?

Hester sonrió también.

—No sería mala idea, queridito... siempre que me dejases meter las manos en tu negocio, hasta el cincuenta por ciento. Recuerda que sé algunas cosas de ti que podrían ponerte en un aprieto si las sacara a relucir.

—Conforme —aceptó Leaven. Y avanzó hacia ella, rodeándole la cintura con los brazos—. Dejaremos a los Farrar... pero a ese maldito detective tendré que ajustarle las cuentas un día u otro. Mis muchachos están que echan pestes de él.

—Se comprende —dijo la mujer, sonriendo hechiceramente. Rodeó con sus brazos el cuello de Leaven—. En fin, ya estamos juntos de nuevo. Como antes, como si no hubiera pasado nada, ¿no es cierto?

—Ciertísimo —dijo él, inclinándose para besarla.

Los labios de la pareja permanecieron prietamente unidos durante algunos instantes. Podía verlos con toda facilidad; estaban a unos cuatro o cinco pasos de distancia, ella casi, vuelta de espaldas a mí.

De súbito, vi que Leaven se estremecía, separándose de Hester Dwiss con cierta violencia.

El rostro del pandillero aparecía terriblemente deformado por una causa que me era completamente desconocida, con las facciones distorsionadas por una mueca de dolor insuperable, a la vez que sus ojos parecían salirse de las órbitas.

Hester Dwiss retrocedió un paso, contemplando a Leaven con demoníaca satisfacción. Abrió el bolso y sacó el revólver, apuntando al pandillero con el arma, a mi entender, más por precaución que por deseos reales de pegarle un tiro.

Efectivamente, no era necesario dispararle. Todo ocurrió en unos instantes. Leaven giró repentinamente sobre sus talones y se vino abajo al suelo... En la fracción de segundo que duró su caída, pude divisar con toda claridad el mango de un puñal que sobresalía por su espalda.

Hester Dwiss se inclinó sobre él, insultándole procazmente.

—¡Hijo de perra! ¿Pensaste por un momento que iba a tragarme esa fábula de que no tienes los documentos?

Se enderezó casi en el acto y se abalanzó sobre la mesa, dispuesta a registrarla, con tal de obtener los documentos que yo le había robado. Estaba obsesionada por la idea de forzar a Farrar a casarse con ella.

Pero era una asesina. Había cometido dos muertes y debía ser castigada.

Saqué la pistola y apunté cuidadosamente. Apreté el gatillo.

Hester Dwiss soltó un chillido de angustia al sentirse herida en el hombro izquierdo. Volteó con fuerza y hubiera caído al suelo, de no haberse aferrado con fuerza al borde de la mesa.

Confiaba en que el estrépito del disparo atrajese a la policía.

Encontrarían allí a Hester Dwiss, en compañía de Leaven y, además, hallarían en su poder la «treinta y dos» con que había liquidado a Linda Lane.

Pero las cosas ocurrieron de modo muy distinto a como yo las había planeado. La puerta se abrió bruscamente y Dickie, el enano del párpado perezoso, irrumpió en la estancia.

Sus ojos se clavaron en el cuerpo inmóvil de Leaven. Vio el puñal.

Un rugido de cólera se escapó de sus labios. Hester Dwiss chilló.

Dickie desenfundó la pistola, al mismo tiempo que la mujer, en un frenético esfuerzo por salvarse, sacaba la suya del bolso.

Se tirotearon mutuamente durante unos segundos. Aquello fue una verdadera tempestad de tiros de pistola, que atronó el vecindario. Cuando terminó el estruendo, vi a Hester Dwiss, con el pecho enteramente cubierto de sangre, arrodillada en el suelo, con ambas manos encima de la mesa, sobre la cual tenía también apoyada su cabeza. El enano estaba en pie, con la espalda pegada a la pared. Su mano derecha pendía lacia al costado, en tanto que la izquierda se sujetaba el pecho, manchado de rojo. Un hilo de sangre fluía de sus labios, a la vez que sus ojos miraban a la mujer con odio infinito.

Dickie hizo un tremendo esfuerzo y levantó la mano armada, con ánimo de rematar a Hester Dwiss. Bruscamente, le fallaron las fuerzas y se vino hacia adelante, rebotando contra el suelo antes, de quedarse inmóvil para siempre. Frente a mí, Hester Dwiss sufrió una ligera convulsión y empezó a resbalar lentamente hacia un costado.

Emprendí la retirada; la policía no tardaría mucho en llegar y, aunque estaba seguro de que no iba a ocurrirme nada, prefería no hallarme en aquel lugar en el momento de las investigaciones. Di la vuelta a la casa y escapé hacia mi coche, poniéndolo en marcha inmediatamente. Me imaginé que los dos pandilleros que quedaban, se las entenderían con los hombres de la Ley. Dos minutos después, me hallaba a una milla de distancia.

\* \* \*

El salón estaba brillantemente iluminado. A través del gran

ventanal que era el muro de vidrio que daba a la piscina, pude divisar a Lillian y a su padre, sentados en sendos sillones, inmóviles y silenciosos. Había una mesita cerca, sobre la cual divisé un pequeño receptor de radio. Supuse que ya habrían escuchado las noticias a través de alguna emisión radiada; los periodistas en Sparrel City son muy avisados.

Ellos no se habían fijado en mí. Hice alto en la explanada que hay entre el ventanal y la piscina y saqué los papeles, quitándoles la envoltura de plástico, haciendo a continuación una gran pelota con ellos. Luego, saqué del bolsillo un frasquito de líquido combustible para mecheros y vertí el contenido sobre los papeles. Inmediatamente después, encendí un fósforo y lo arrojé sobre el conjunto.

La gasolina se inflamó de inmediato, comunicando su fuego a los papeles. Una gran llamarada brilló en la relativa penumbra de la terraza.

Me puse en pie. Farrar y su hija también lo hicieron, al divisar el resplandor de las llamas.

Se precipitaron al exterior a la carrera. Lillian lanzó un agudo grito de alegría.

—¡Bill!

Y corrió para abrazármese, pero yo la rechacé con suave firmeza.

—Déjame —pedí cortésmente.

Farrar dio dos pasos en dirección a mí. Luego arrojó una rápida mirada hacia las llamas.

—¿Qué diablos es eso que estás quemando, Bill?

—Los documentos —respondí, impávido.

Farrar lanzó un bramido de cólera.

—¿Qué? ¿Es cierto eso que estás diciendo?

—Absolutamente, Farrar.

El padre de Lillian me contempló un instante, en silencio. Su pecho se hinchó tumultuosamente, a la vez que crispaba los puños. Una gruesa vena se puso a latir espasmódicamente en su frente. La ira lo consumía.

—De modo que los has quemado —dijo—. Ni siquiera te imaginas el perjuicio que me has causado, Bill.

Encendí un cigarrillo con, aire indiferente.

—Es cierto. Le he causado un perjuicio y lo he hecho precisamente por eso mismo. Pero, según como se mire, esos documentos, de los cuales un día se apoderó Linda Lane, le hubieran perjudicado gravemente, de haberse hecho públicos, y usted lo sabe tan bien como yo.

—¡No tenía la menor intención de publicarlos! —tronó Farrar.

—Solo utilizarlos, ¿verdad? —dije sarcásticamente.

—Así es— reconoció Farrar sin pestañear, en medio de la expectación de Lillian, que contemplaba la escena y escuchaba el diálogo sin comprender absolutamente nada—. Esos papeles que tú has quemado, iban a suponerme millones.

—A cuenta de la ciudad y por medio de una ilícita operación de venta de terrenos, una especulación que ya estaba realizada antes de que se hicieran públicos los planes del Municipio para la construcción de varios edificios comunales —dije sosegadamente—. Usted pensaba adquirir los terrenos en donde se van a levantar esos edificios por cuatro cuartos y revenderlos luego con una ganancia fabulosa.

—Bien, ¿y qué? Los negocios son los negocios, Bill —dijo Farrar con desfachatez.

—Ya lo sé. Por eso se lo he estropeado yo a usted... aunque pienso que quizá hubiera sido mejor publicarlos. Su pérdida de prestigio habría sido mucho mayor que la de esos millones que no ganará y que... ¿Tanta falta le hacían, demonios?

Farrar me contempló durante unos segundos, sonriendo maliciosamente.

—¿Por qué has hecho esto, Bill? —inquirió.

—Por vengarme de usted —contesté. Lillian exhaló un gemido—. Por vengarme del hombre que arruinó a mi padre y lo sumió en la miseria. ¿Recuerda cuándo le pregunté si conocía a Philip Kunstall?

La divertida sonrisa que flotaba en los labios de Farrar se acentuó.

—Desde luego, William Jones Kunstall —respondió—. No lo he olvidado nunca.

—Entonces, ya tiene la explicación del por qué he quemado los documentos. Ahora...

Farrar cortó mi intento de retirada, deteniéndome por un brazo.

—Ahora, tú, Bill Kunstall, me vas a escuchar, te guste o no. Es cierto que tu padre se arruinó, y yo tuve buena parte de culpa en aquello, pero la de tu padre no fue menor, por terco y obstinado. Si me hubiera hecho caso, habría continuado en la sociedad, en lugar de separarse, para emprender un negocio que, indefectiblemente, tenía que conducirlo a la ruina, tal y como yo se lo había predicho. Aunque yo no me hubiese hallado en el bando contrario, es decir, en el competidor, tu padre se habría arruinado igualmente. Esta es la verdad, te guste o no, Bill. ¿Te imaginas que no sé que te estableciste en Sparrel City con la intención de buscar un día la ocasión de vengarte de mí y llevarme a la ruina si te era posible?

Parpadeé, atónito. Nunca me hubiera supuesto una cosa semejante.

—Te vi un día por casualidad —siguió Farrar—. Aunque no te había visto desde que eres un mocoso, te reconocí al instante. Eres el vivo retrato de tu padre cuando tenía tus años. Entonces, ordené practicar discretas investigaciones y me enteré de lo que hacías, aunque, claro está, no de lo que te proponías hacer —Farrar suspiró un instante—. A partir de entonces, busqué el modo de compensar el daño que os había causado, aunque, repito, la culpa es también de tu padre al cincuenta por ciento, por muchas fábulas que te metiese en la cabeza antes de morir. Entonces fue cuando me enteré de los devaneos de esa tonta —señaló a Lillian, quien se puso colorada hasta las orejas— con ese rufián de Leaven. Así que discurrí aquella treta de las drogas porque sabía que Lillian estaba necesitando un hombre de veras. Me parece que, al menos en esto, no me he equivocado, Bill.

Una oleada de sorda cólera me invadió al escuchar las palabras de Farrar. ¡Así que en aquel asunto, había sido un juguete en sus manos!

—Todo lo que es mío es tuyo, hijo —manifestó, avanzando hacia mí—. Lillian te quiere... y de algún modo he de reparar el mal que hice.

Empecé a quitarme la chaqueta lentamente.

—Vamos a ver si es capaz de derrotarme como dijo— mascullé, subiéndome las mangas de la camisa.

Una chispa de alegría brilló en los ojos de Farrar. Se remangó también y un segundo después, se lanzaba contra mí.

Paré el primer golpe y disparé el puño derecho, clavándoselo en el estómago. Farrar resopló, pero antes de que pudiera terminar el resoplido, le largué un derechazo a la mandíbula que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo y caer al suelo.

—Vamos, invencible —le apostrofé—, levántese.

Farrar se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Pegas duro, muchacho —pero se incorporó en el acto.

Esta vez no pude detener su golpe. De repente, me encontré dando vueltas sobre mí mismo, en tanto que dentro de mi cabeza oía el sonido de muchas campanillas.

Por puro milagro pude bloquear el siguiente puñetazo de Farrar. Su pómulo se rajó un segundo después, cuando le asesté un terrible golpe en aquella región. Inmediatamente, sentí que me quedaba sin aire en los pulmones.

Empecé a retroceder ante el terrible martilleo de Farrar. En vano era que tratase de cubrirme la cara, porque entonces me castigaba los flancos implacablemente. De pronto, acerté a conectar un golpe en su boca y su ímpetu remitió un tanto.

Aproveché la ocasión para lanzarme a fondo. Ahora el acorralado era él y mis golpes le batían constantemente. Así, yendo de un lado para otro, caminamos por toda la terraza, hasta llegar al borde de la piscina.

Estábamos al borde del agotamiento, pero ninguno de los dos queríamos ceder. Hice acopio de todas mis fuerzas, para asestar el golpe final y lancé mi puño derecho con ímpetu arrasador.

En el mismo instante, Farrar hacía lo propio. Retrocedió violentamente y cayó de espaldas en la piscina, con gran chapoteo de espumas. Yo di una vuelta en redondo y al caer, vi que me inclinaba también hacia el agua. Un segundó después, me sumergía en el líquido.

La frescura del agua me reanimó inmediatamente. Taloneé con energía, saliendo a la superficie casi de inmediato. Di y dos o tres brazadas y me agarré con ambas manos al borde del estanque. Farrar hizo lo propio a mi lado.

El padre de Lillian sonrió.

—Ha sido una buena pelea, Bill —dijo, todavía dentro de la piscina.

—Desde luego —convine, con otra sonrisa.

Lillian se arrodilló al borde de la piscina y dijo:

—¿Estáis ya satisfechos, salvajes?

—Por mi parte, sí —contestó su padre. Alargó una mano—. Ayúdame a salir, hija; este muchacho tiene unos puños realmente demoledores.

Lillian alargó la mano y su padre salió fuera, chorreando agua por todas partes. Entonces, llamé la atención de la chica.

—¿Y yo?

Lillian volvió a arrodillarse.

—Eres un pequeño canalla, Bill Kunstall, y no te mereces mi ayuda... pero, en fin de cuentas, he de considerar que no puedo permitir que se ahogue mi futuro esposo.

—Lo mismo pienso yo —contesté—. Vamos, dame tu blanca mano: es lo primero que debe hacer toda futura desposada.

Lillian alargó la mano. Entonces tiré con fuerza.

Ella lanzó un agudo grito mientras caía de cabeza al agua. Farrar empezó a reír a grandes carcajadas, con las manos en los costados todavía chorreantes.

Lillian emergió a la superficie, tosiendo y estornudando y con los cabellos pegados a las sienes. Estiré una mano y la atraje hacia mí.

—Tienes que compartir con tu esposo lo bueno y lo malo, querida.

Me dirigió una mirada cargada de cariño.

—Claro que sí, Bill —suspiró, colgándose de mi cuello dentro del agua todavía.

Miré de reojo a Farrar antes de besarla. El padre de Lillian parecía muy complacido. Entonces, aflojé un poco el brazo derecho para que el borde de la piscina ocultase nuestras cabezas y él no viera que nos besábamos.

FIN



## GARRAS EN LA NIEBLA

por Burton Hare

—Narices —exclama—. Escúcheme, Duncan, y dese cuenta de que le conviene no indisponerse con la policía aquí. Usted es nuevo... ya tuvo que cambiar de aires una vez por sus diferencias con la policía de otra ciudad. ¿Está esto claro?

—Como preámbulo no está mal. Siga.

—Bien. Tal como yo lo veo, el asunto es así: Usted está trabajando para la novia de un condenado a muerte. Muy bien. En compañía de ella va a visitar a ese condenado, y esa rata de Taglione les sigue por encargo de un desconocido. Hasta aquí la cosa está clara. Pero a partir de ese momento, la conducta de usted no me parece nada lógica. Usted podía haber averiguado el nombre del propietario del coche por otros medios, sin recurrir directamente a la policía, o sea a mí. Usted no es ningún idiota, por lo tanto podía dar por sentado que al acudir a mí ponía en mis manos la llave que me permitiría saber en qué está trabajando realmente. ¿Comprende?

—Tal vez no me importe el que usted se entere —dijo con una sonrisa.

—Y un diablo, no le importa. Empiezo a creer que es usted más escurridizo de lo que había creído.

*Un detective privado va tras la solución de un misterio alucinante...*

*Un hombre y una muchacha desesperada van tras la pista de las*

## GARRAS EN LA NIEBLA

*que han aterrorizado a una ciudad entera. ¡Lea usted GARRAS EN LA NIEBLA dentro de siete días!*

*¡No lo lamentará!*

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a deep blue with a bright, sun-like starburst in the upper left corner. Two women are featured: one in a red dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger, and another in a white dress with a large green floral pattern, smiling and looking upwards. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a white label with 'OSBORNE' in large black letters, 'VETERANO' in red, and 'PUERTO DE SANTA MARÍA' at the bottom. The text 'BRANDY V.O.' is visible at the top of the label.

**GUSTA ESO**

**OIGA...**

eso tiene  
**VETERANO**  
un  
**VETERANO**  
sabor

**VETERANO es de OSBORNE**



**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain